

COLECCIÓN ARGENTORIA

*Hombres e Ideas de la Cultura
Argentina de Ayer y de Hoy*

VOLUMEN 1



EDICIONES ANTONIO ZAMORA
SAN JOSE 1627 — Tel. 23 - 5573 — Buenos Aires

LITERATURA ARGENTINA I

OBRAS COMPLETAS
DE
ESTEBAN ECHEVERRIA

Compilación y Biografía por

JUAN MARIA GUTIERREZ

"NOTICIAS BIOGRÁFICAS sobre don Esteban
Echeverría"

(UNIDAD I)



Ediciones
ANTONIO ZAMORA
Buenos Aires

LA VIDA Y LA OBRA DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

Por JUAN MARÍA GUTIERREZ

Quería Sócrates que los hombres pusteran los ojos en la vida y hechos de varones señalados, a quienes él y San Basilio llaman espejos de la República: para que viéndolos se viesen, o bien como semejantes en las virtudes, o bien como desemejantes en los vicios.

(Martín de Roa)

No sienta bien el oficio a quien ofrece al público la obra completa de un escritor contemporáneo. Lo único que le corresponde es ayudar al lector, para que juzgue de aquellas circunstancias que son del resorte de la biografía.

Dentro de estos límites nos ceñimos en las presentes páginas, con tanta mayor razón cuanto que, como puede verse en el presente volumen, nos hemos atrevido varias veces en diferentes épocas, en vida y después de los días de Echeverría, a expresar nuestra opinión sobre el valor literario de sus escritos y sobre la importancia del papel que desempeñó como obrero de la mejora social en ambas orillas del Río de la Plata (1).

Esos nuestros juicios, lo confesamos francamente, son imperfectos e incompletos, más que por falta de voluntad, por una razón que no queremos ocultar. Aun cuando al comenzar a escribirlos llevábamos la intención de detenernos en ellos y de tratar la materia bajo todos sus aspectos, muy pronto se nos desprendía la pluma de la mano, porque nada es tan doloroso como clavar el escalpelo del análisis en las entrañas, que aun sentimos palpitar, de una memoria querida.

Entre este sentimiento y el deber de no defraudar a nuestro país de una de sus glorias más puras, ha vacilado por mucho tiempo nuestro espíritu, hasta lograr dominarle y sacar de nuestro culto por una amistad que nos honra las fuerzas necesarias para poner en estado de ver la luz pública el fruto entero de la cabeza sazónada y del delicado corazón de los "Consuelos" y del "Dogma de Mayo".

Mezclados a los nuestros se encontrarán en este último volumen de las obras completas de Echeverría una serie de juicios críticos escritos en América y en Europa por jueces distinguidos e imparciales, los cuales llenan airoosamente el vacío que señalamos arriba, y justifican la importancia intelectual del amigo cuya vida, lacónicamente, pasamos a relatar (2).

(1) Juan María Gutiérrez se refiere a los *Breves Apuntamientos Biográficos y Críticos sobre don Esteban Echeverría* que publicó en *La Nación Argentina* del 6 de diciembre de 1862 y a los apuntes escritos en Chile poco después del fallecimiento del arquetipo, que puso en orden en 1858 y que publicó por primera vez en el tomo XVII de la *Revista de Buenos Aires*.

(2) El prologuista de 1874 alude a los juicios críticos de Pedro Goyena, Bartolomé Mitre, J. M. Torres Calcedo, Juan Bautista Alberdi, al comentario que escribieron en 1861 los chilenos Amunátegui, a una hermosa carta de Florencio

Esta vida no es propiamente de acción, si por acción se entiende la parte que toma un ciudadano en las funciones públicas de su país. Los tiempos alejaban naturalmente de ellas a un hombre del carácter y principios de Echeverría. Pero en el teatro de las teorías pocos argentinos han sido tan activos, laboriosos y persistentes como este pensador siempre en la brecha, luchando contra el error día y noche, y manejando en esta lucha todas las armas de la palabra con que la idea ataca y se defiende.

Esta gloriosa batalla, sin ruido, sin sangre, emprendida casi con la certeza de la derrota o de lo infructuoso del triunfo, que consumió la existencia de Echeverría y le devoró de sed de verdad y justicia está consignada en sus escritos, que son como los anales de ella, jornada por jornada. Hoy que estas producciones se entregan al público, casi en su totalidad, queda su biógrafo descargado de la difícil tarea de historiar los medios y fines del pensamiento de Echeverría dentro de las esferas de la política y del arte.

Esta es labor ajena y venidera. Ponemos en manos de quienes hayan de desempeñarla los antecedentes indispensables para proceder con eterno conocimiento de causa.

Don José Esteban Antonio Echeverría, nació en Buenos Aires, el día 2 de septiembre de 1805, en el barrio vulgarmente *del alto*, y fue bautizado en la misma pila en que lo había sido cerca de medio siglo antes el ilustre patriota don Feliciano Antonio Chiclana. Tuvo por padres a don José Domingo Echeverría, natural de Vizcaya, y a doña Martina Espinosa, hija de esta ciudad. Según hemos podido averiguar, don Esteban tuvo la desgracia de perder a su padre en la primera niñez y tomó los caminos un tanto anchos que las señoras viudas abren comúnmente a sus hijos predilectos. Él mismo, en una carta escrita a un íntimo amigo suyo en julio de 1836, delineaba con rasgos generales, pero francos, sus extravíos desde los 15 a 18 años de edad; y según esta confesión espontánea, era por entonces un héroe de novela en miniatura, y uno de esos inocentes libertinos que lisonjean su amor propio haciéndose blanco de las murmuraciones de su barrio.

Estos deslices, complicados con "ciertos amores de la sangre un tanto escandalosa", empleando sus propias expresiones, no obstaban para que se entregara con suficiente ardor al cultivo de su inteligencia, sujetándose estrictamente al régimen de los estudios establecido en el Colegio de "ciencias morales", el más serio y disciplinado de los establecimientos de enseñanza preparatoria, durante la administración que logró tomar asiento en el terreno conmovido por los sacudimientos políticos del año 1820. Tuvo por inmediatos maestros de latinidad y de filosofía a dos inolvidables varones, cuya voz, apacible y mansa en uno,

Varela sobre *Los Consulatos*, a la poesía que compuso en Madrid el uruguayo Margaritos Cervantes cuando supo la desaparición del poeta, y a la crónica que al día siguiente del sepelio publicó en Montevideo el *Comercio del Plata* dirigido por don Valentín Alsina.

ardiente y despreocupada en boca del otro, nos parece escuchar todavía, después de largos años, con gratitud y amor. Estos mismos eran los sentimientos que guardó siempre en su corazón don Esteban para con sus buenos profesores don Mariano Guerra y don Juan Manuel Fernández Agüero. Tenemos autógrafos a la vista, los certificados de aplicación y excelente conducta en el aula, que dieron ambos señores a su discípulo; y consta de esos documentos que había cursado dos años de latinidad, "distinguiéndose entre sus condiscípulos" y la ideología, la lógica y la metafísica, en el de 1822, "dando pruebas repetidas de talento, juicio y aplicación".

"Continué mi vida de estudiante —dice el mismo Echeverría en la carta mencionada—, hasta fines de 1823, en cuya época me separé de las aulas, por causas independientes de mi voluntad, para dedicarme al comercio." En efecto, entre los apuntes personales contenidos en una cartera de su uso, hallamos que entró en calidad de dependiente de aduana al servicio de la afamada casa de los señores Sebastián Lezica y hermanos, en donde permaneció hasta el 20 de septiembre de 1825.

Las ocupaciones humildes y prosaicas del empleo, que desempeñaba contra su inclinación, no pudieron sofocar las que predominaban en él, y el dependiente de la casa Lezica no dejó de ser el mismo estudiante y el mismo joven ardiente y fantástico que fue antes de ocuparse de pólizas y facturas. En los momentos desocupados, y sobre los fardos de mercaderías de los almacenes por mayor de la casa de sus patrones, tomaba lecciones de lengua francesa y se entregaba, en libros escritos en ésta, que pronto logró poseer con perfección, a la lectura reflexiva de materias de "historia y de poesía". Así nos consta de una página casi indecifrable, en que Echeverría comenzó con conocida pereza y desaliño a escribir una especie de autobiografía que abandonó a los pocos renglones. En otro escrito del mismo carácter, pero más detenido, comenzado al cumplir la edad crítica de los treinta años, pinta la situación de su corazón y de su espíritu en la época en que se dedicaba al comercio y abandona los estudios escolares. "Hasta la edad de 18 años, dice allí, fue mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre, y alguna vez la reflexión... Entonces, como caballo desbocado, yo pasaba sobre las horas, ignorando dónde iba, quién era, cómo vivía. Devorábame la santidad, y yo devoraba al tiempo..."

Por mucho que los hábitos literarios y la experiencia de la vida, interpuestos entre los años 1825 y 1834, hayan adulterado las impresiones en la pluma del pensador ya maduro, no obstante las anteriores palabras son veraces en sí mismas y producen el convencimiento de que el viaje a Europa emprendido por Echeverría en 1825 fue resultado de una lucha moral en que triunfaron la razón y las grandes aspiraciones a perfeccionarse que constituyen su carácter. Fue entonces que se levantó definitivamente en su alma, como un gigante cuya estatura se esforzó durante toda su vida por alcanzar ese ti-

po ideal, pintado en varios de sus poemas, del individuo perfecto, del patriota, del indagador curioso de la verdad, que todo lo pospone por enriquecer la mente, acrisolar sentimientos y acaudalar experiencia, con el fin de levantar sólida fama sobre tan nobles cualidades. Esta ambición noble y laudable explica el martirio moral de la existencia de quien la concibió y fomentó en su alma. Una aspiración tan difícil de realizar, que casi al alcanzarla huye como una ilusión óptica, convierte al viajero por los caminos positivos y vulgares del mundo, en una víctima que se devora a sí misma, que sólo ama lo imposible y subleva contra sí el egoísmo de los intereses prácticos con arreglo al cual juzgan los hombres contemporáneos a sus semejantes. A este precio doloroso vivirá perdurablemente el nombre de Echeverría. Su martirio se ha convertido en gloria, porque si en la posteridad no se hallara el premio por semejante sacrificio la humanidad no tendría derecho para ostentarse tan orgullosa como la retrata la historia.

Las causas que produjeron la crisis moral porque pasa Echeverría en el año 1825, al contar los 20 de su edad, y le deciden a emprender su viaje a Europa "a continuar sus estudios interrumpidos", se hallan de manifiesto, bajo formas literarias y un tanto idealizadas, en casi todas sus obras poéticas, y muy especialmente en el bosquejo de su poema "Gualpo" y en las "Cartas a un amigo". Allí, como en "El Ángel Caído", se desprende sobre el fondo oscuro de un pasado nebuloso la figura de un joven que, hastiado de goces sensuales y de liviandades pueriles, busca en la cultura de la inteligencia y en las indagaciones científicas pábulo a la actividad de la mente y del corazón y un empleo digno de las facultades del hombre cuya noble misión en la vida acaban de revelarle la razón y el infortunio con la claridad súbita de un relámpago. Nacido en un país que ama con delirio, pero en donde ni la historia suministra experiencias, ni el arte ostenta sus prodigios; en donde son pobres las escuelas y carecen los maestros del prestigio de la fama, toma el camino del viejo mundo, creyendo hallar allí los elementos de saber de que carece en su patria, y una fuente abundante y pura en que saciar la sed de ciencia que le devora.

En la tarde del 17 de octubre de 1825 se embarcó Echeverría con destino a Burdeos a bordo del bergantín francés *Joven Matilde*, el cual se puso a la vela en la madrugada del día siguiente. Este viaje no fue feliz. El 27 de noviembre se hallaba el *Matilde* en la latitud Sur de 27° 47' tan malparado a consecuencia de los temporales que había sufrido, que su capitán Denolf determinó recalar en el puerto de Bahía, para reparar las averías de la nave, que hacía agua por todas las costuras. El 1° de diciembre a las 2 de la tarde dio fondo el bergantín en el indicado puerto brasileño.

Seguimos a la letra unos apuntes sumamente lacónicos contenidos en una cartera de viaje, y en ellos se limita Echeverría a consignar que el 21 de diciembre a las 10 de la mañana se embarcó en Bahía a bordo de la *Aquiles*, fragata francesa con destino a Havre de Gracia

y con escala en Pernambuco, habiendo ajustado y pagado su viaje a razón de 160.000 reis. Los veinte días que permaneció en Bahía, Echeverría debió vivir como un anacoreta a juzgar por su cuenta de gastos reducida a 11.186 reis, a pesar de que en ella figuran 4.466 por el pasaporte, 3.200 "por dos días en la posada", y 520 por valor de un sombrero, probablemente de paja ordinaria.

La fragata *Aquiles* llegó a Pernambuco el sábado 31 de diciembre, y como era mercante y debía embarcar carga, permaneció en este puerto veintidós días, habiendo continuado viaje en la tarde del 22 de enero de 1826. Aquí no fue menos parco que en Bahía nuestro viajero, pues sólo anota en su cuenta de gastos el valor del lavado de su ropa y de unos "cocos" para refrigerarse en aquel clima y en el rigor del verano, importando todo 586 reis. La fragata *Aquiles* salió de Pernambuco el 22 de enero, a las 2 de la tarde, y fondeó en Havre de Gracia el 27 de febrero de 1826. De manera que la travesía de nuestro viajero desde Buenos Aires hasta este puerto de Francia, a bordo de embarcaciones mercantes, a vela, duró cuatro meses y diez días. Su permanencia en Havre debió ser muy corta, pues sus gastos allí se reducen a cinco francos.

Echeverría viajaba y vivía como un verdadero estudiante y como hombre sensato que economiza gastos superfluos para emplear sus recursos pecuniarios en el objeto que le preocupaba, que era el estudio, y para estudiar con aprovechamiento era indispensable pagar maestros especiales, sin perjuicio de las lecciones públicas y gratuitas.

Echeverría llevó consigo al salir de Buenos Aires algunos libros cuyos títulos anuncian cuáles eran sus inclinaciones, y cuáles las lecturas que se proponía hacer durante el viaje. Antes de todo, como que iba a vivir entre franceses, le era indispensable perfeccionarse en la lengua en que había de hablarles, y cargó con su gramática y diccionario del idioma francés, que ya conocía bastante. Llevaba también, un ejemplar de las lecciones de aritmética y álgebra de don Avelino Díaz, para comenzar por medio de ellas a iniciarse en las matemáticas puras, que no había cursado seriamente en Buenos Aires; la Retórica de Blair, que sin duda le había recomendado como libro a la moda entonces, su catedrático Agüero, y la "Lira Argentina", en la cual, al mismo tiempo que encontraba los halagos del patriotismo, tomaba las primeras lecciones de versificación castellana, a que desde entonces le llevaba una de sus más persistentes inclinaciones. Una carta geográfica de la República Argentina completaba el bagaje de su limitada biblioteca de viaje.

Don Esteban tuvo la fortuna de acompañarse, por casualidad, en su viaje a Europa, de dos hombres notables por su ciencia y por su honradez, conocidos por la obra que publicaron asociados, con el título de *Ensayo histórico sobre la revolución del Paraguay* (1). Los doc-

(1) Esta obra notable ha entrado en nuestra literatura, en virtud de la esmerada traducción que de ella hizo el doctor Florencio Varela, quien la publicó en el tomo 3º de la "Biblioteca del Plata", añadiéndole como apéndice unas notas escritas por el señor doctor don Pedro Somellera, que rectifican el texto y le dan

tores y naturalistas suizos, Longchamp y Rengger eran los pasajeros a que nos referimos, y tanto el uno como el otro concibieron una idea ventajosa del carácter y talento del joven americano que la intimidad de a bordo les proporcionaba ocasión para estudiar intimamente. Echeverría, por su parte, les conservó una amistad sincera y mantuvo correspondencia con ambos hasta 1841, época en que Longchamp le pedía noticias desde Friburgo acerca del estado en que se encontraba la sociedad y la política de estos países. "Estoy —le decía en un párrafo de carta datada a 18 de julio del año mencionado—, siempre como antes de su salida de París, establecido en la ciudad de Friburgo, con más quehacer que el que pueden sobrellevar mis fuerzas. Sin embargo, sea por los recuerdos que me empujan hacia el continente americano, sea por el estado de mi salud, que no es muy buena en este clima, pienso encaminarme a Buenos Aires, y al Paraguay tal vez, en el año próximo venidero." En esta misma ocasión le anunciaba su corresponsal a Echeverría la muerte de "nuestro común amigo Rengger", acaecida a fines de septiembre de 1832.

Echeverría no se complacía en referir historias de sus viajes, ni las anécdotas de su permanencia en París, y según hemos podido comprender, pasó allí años enteros tan absorbido en el estudio, que poca razón habría podido dar de las cosas que en la capital de Francia llaman de preferencia la atención de los viajeros comunes. No hemos podido averiguar tampoco quiénes fueron allí sus mentores y guías para concertar el plan de estudios que se propuso seguir. Este plan fue acertado, y lo llevó a cabo con una laboriosidad y en una extensión que admira, y sólo puede creerse teniendo a la vista, como tenemos nosotros, las pruebas y los testimonios autógrafos de las variadas materias a que se aplicó tanto en las ciencias morales como en las positivas.

Su sistema para aprender con aprovechamiento fue redactar él mismo, de su propia mano, en libros o cuadernos a propósito, el resultado de lo que había oído y le habían hecho comprender sus profesores durante la lección de cada día. No tomó jamás en su mano un libro elemental escrito expresamente para servir de *texto* en las escuelas. Estos libros son de fácil adquisición y manejo; pero hacen perezoso el espíritu y reservan en sus páginas la ciencia del autor sin que se transmita viva a la inteligencia del discípulo. Pero como Echeverría deseaba saber de veras y no habilitarse únicamente para responder ante un programa de exámenes el estado de su aprovechamiento, adoptó el método más eficaz aconsejado por los hombres de experiencia y amigos de la verdad y de lo positivo en materia de educación.

mayor importancia histórica. El título *in extenso* de esta obra, tal como se halla en la traducción argentina, es como sigue: "Ensayo histórico sobre la revolución del Paraguay y el gobierno dictatorial del doctor Francia. Por los señores Rengger y Longchamp, doctores en medicina, miembros de la sociedad Helvética de las ciencias naturales." El prólogo del traductor está datado en Montevideo a 9 de junio de 1846.

En este momento abrimos y hojeamos por la centésima vez aquellos cuadernos a que nos hemos referido, y de su examen podemos deducir cuáles fueron las materias que abrazó en sus estudios y cuáles las de su preferencia. En las ciencias físico-matemáticas consagró mayor atención a la química que a ninguna otra, a juzgar por la prolijidad con que consigna las fórmulas y los análisis en sus cuadernos, dibujando atentamente la forma de los aparatos para la elaboración, por ejemplo, de los ácidos y de los cloruros. En la geometría se dedicó al conocimiento de aquella parte más aplicable, como es la resolución de los triángulos, no sólo gráficamente sino por medio de fórmulas algebraicas y de las tablas logarítmicas. Encontramos un cuaderno de pocas páginas dedicado exclusivamente al estudio de los poliedros y de la esfera.

Echeverría tenía predilección por el estudio de la historia; pero al llegar a Francia conoció cuán superficiales y faltos de base eran los conocimientos que en este ramo había podido adquirir en sus lecturas. Tuvo la humildad, para corregir esta insuficiencia, de resignarse como un discípulo principiante a trazar cuadros cronológicos de diferentes períodos de la historia antigua y moderna, llamándonos entre éstos la atención uno muy prolijo referente a la historia del bajo Imperio de Oriente, historia, a la verdad, llena de enseñanzas saludables.

En cuanto a las ciencias políticas y a la filosofía, materias a que consagró gran parte de su residencia en Francia, no hallamos rastro de las lecciones que debió escuchar a los notables profesores de estos ramos que se distinguían en su tiempo en París. Lo que sí hallamos es una porción de volúmenes, escritos todos de puño y letra de Echeverría, en los cuales ha consignado el fruto de sus lecturas en filosofía y política, extractando aquello que le ha parecido más vigoroso o más notable de los escritos franceses, desde Pascal y Montesquieu, hasta Leroux y Guizot (1). En todos y cada uno de estos extractos puede advertir el más distraído que Echeverría no perdía ni por un momento la memoria de su patria, y que atesoraba para ella, sabiéndola necesitada de doctrina y de una base de organización política en armonía con los fines de la revolución de la independencia. Cuanto podía dar el pensamiento francés a este respecto hasta aquellos días está recogido en esos laboriosos extractos que suponen una lectura constante y variada. En el menor de estos volúmenes manuscritos hemos contado trece autores, algunos de cuyos nombres son los siguientes: Montesquieu, Guizot (Sist. de la civil en Europa), Lande, Vico, Saint Mare Girardin, Vinet (libr. des cultes), Chateaubriand (Los Estuardos), Pascal (Pensamientos).

En medio de estos estudios arduos que ocupaban a Echeverría en Europa, emprendió otro que no lo es menos cuando se toma con seriedad. Las cuestiones suscitadas por el "romanticismo" eran enton-

(1) Entre los maestros de la filosofía, le merecieron particular atención los siguientes: Tenneman (filosofía), Leroux (De l'éclectisme), Cousin (Hist. de la philosophie), De Gérando (De l'éducation).

ces tan ruidosas y apasionadas que no era dado permanecer indiferente a ellas a nadie que tuviese inclinación a cultivar la imaginación y el arte de expresar lo que es bello. Echeverría se hallaba en este caso, y se dedicó a formarse una idea clara de lo que significa la literatura dentro de la humanidad y en cada una de las civilizaciones separadas por sus respectivas lenguas; qué partido puede sacarse de ella en favor del progreso y la libertad de los pueblos, y cuál sería la más adecuada para aquellos que, como los americanos, habían entrado en la senda de nuevos destinos al emanciparse de una metrópoli que, en su concepto, era la personificación de cuanto existía de vetusto y atrasado en el año diez del presente siglo. Esta idea se convirtió en su espíritu en una especie de misión religiosa, y aplicó toda su voluntad y todas sus facultades, no sólo a resolver acertadamente estos problemas que su penetración planteaba en presencia del debate, sino a adquirir los medios e instrumentos para que sus soluciones teóricas se convirtieran en realidades en esta parte de América cuando llegara a saludarla como hijo que regresa al hogar. Sus poesías dicen de qué modo influyó con el ejemplo; y en el volumen V de sus obras completas se insertan los fragmentos de trabajos más extensos que ha debido escribir sobre teorías literarias y no han llegado íntegros a nuestro conocimiento.

Con respecto a la vocación literaria de Echeverría, podemos referirnos a su propio testimonio: "Durante mi residencia en París —dice en uno de sus rasgos autobiográficos, y como desahogo a estudios más serios—, me dediqué a leer algunos libros de literatura. Shakespeare, Schiller, Goethe, y especialmente Byron, me conmovieron profundamente y me revelaron un nuevo mundo. Entonces me sentí inclinado a poetizar; pero no conocía ni el idioma ni el mecanismo de la metrificación española. Era necesario leer los clásicos de esta nación. Empecé: me dormía con el libro en la mano; pero haciendo esfuerzos sobre mí mismo, al cabo manejaba medianamente la lengua castellana y el verso." De esta penosa tarea de aprender de adulto lo que debe mamar con la leche materna, ha dejado Echeverría un testimonio más de su constancia y fuerza de voluntad. Esos mismos libros que el tedio le hacía tan pesados llegaron a ser sus buenos amigos y bien venidos a sus manos, y poco a poco fue comprendiendo que de entre las frases vacías y las aspiraciones místicas de los ascéticos antiguos, podían extraerse expresiones y giros de lenguaje que dieran color y energía al pensamiento moderno expresado en nuestro idioma. Y como estas adquisiciones suelen ser fugaces porque sólo en la memoria que es frágil se depositan por lo común, emprendió la tarea de formar una especie de diccionario de modismos castellanos, señalando el autor de quien los tomaba. Por esta razón se observa que mientras todos los estudios serios de Echeverría fueron hechos en Francia, y por medio de la lengua francesa, es sin embargo uno de los escritores sudamericanos a quienes no puede tachárseles de galicismo, ni en las palabras ni en las construcciones gramaticales. Antes por el contrario, en aquellos de sus escritos que pueden llamarse didácticos, y en los humorísticos, abre el arca de sus tesoros adquiridos en el trato con los autores del Siglo de Oro,

y salpica sus producciones con oportunos arcaísmos que les dan sal y relieve. La introducción de las *Rimas*, algunas notas de *La Cautiva*, y casi todos sus escritos doctrinarios, son ejemplos de cómo sabía él demoler las fábricas del clasicismo plagario e infecundo, valiéndose de instrumentos que se rejuvenecen bajo la inspiración de su pensamiento innovador.

Aquella especie de estudio retrospectivo de la lengua, era un síntoma de la constitución literaria de la Europa que influía sobre Echeverría. A toda revolución de las ideas, corresponde en la historia una revolución a la manera de expresarla, porque las cosas nuevas o renovadas exigen vestidos a la moda intelectual que entra en uso. El romanticismo traía en sí, a pesar de sus pretensiones innovadoras, mucho de pasado y vetusto, y así como puso en valimiento los castillos feudales, las catedrales góticas, los trajes pintorescos y las costumbres rudas de la Edad Media, entró en la tarea de buscar en la índole arcaica de los idiomas vivos palabras y formas de dicción que imprimieran al estilo la fisonomía de las edades remotas enterradas bajo la capas vivas de la civilización moderna. Para que una página escrita según la disciplina romántica tuviera el sabor de la escuela debía forzosamente remedar con la palabra la tosca simplicidad del cincel de los decoradores de los monumentos religiosos anteriores al Renacimiento.

Esta tendencia que no nos toca apreciar, ni en Francia ni en el resto del continente europeo, indujo naturalmente a Echeverría a transportarse a los días de León y de Malón de Chaide, y a entregarse a la lectura de estos soñadores con las cosas del otro mundo. Aun cuando saboreó los peligrosos filtros del misticismo, hay que agradecerles el que no nos haya infiltrado su veneno, ni cedido a las tentaciones devotas y teocráticas del autor de los *Mártires*. Fue romántico de buena ley, y no aceptando del *Mediodía* sino los instrumentos del arte, se inspiró en el fondo en las escuelas serias filosóficas del Norte, afiliándose bajo las inmediatas banderas de Goethe, de Schiller y de Byron, grandes habilitados a su vez y artífices cuidadosísimos de la forma.

En este punto no pretendemos otra cosa más que señalar y explicar, tal cual lo entendemos, un rasgo característico de Echeverría como escritor, rasgo que no podíamos pasar en silencio en la exposición de su vida literaria. Por lo demás, las lenguas, como tantas veces se ha observado ya, se modifican con el curso del tiempo, así como se modifican las creencias, las ideas y las necesidades de que son la representación, y deben ser preferidas en un momento dado, aquellas formas de lenguaje que mejor respondan a la expresión del pensamiento y al genio de cada pensador.

Así que Echeverría logró adiestrarse en el arte de elaborar las rimas y enriquecer su vocabulario, herramientas indispensables de que tiene que proveer todo principiante en el oficio, comenzó a escribir versos y a someterlos, en estado de borradores y con calidad de ensayos, al juicio de sus amigos íntimos. Residían entonces en París varios hijos de Buenos Aires completando sus estudios científicos a

expensas del gobierno de la Provincia. Portela, Rodríguez, Rivera, Fonseca y otros varios, eran de este número, y el primero y el último fueron los primeros confidentes de las inspiraciones de nuestro poeta, así como fueron los predilectos en su cariño, entre sus condiscípulos americanos en París. Los ensayos de Echeverría debieron consistir en algunas composiciones que, corregidas y mejoradas, hacen probablemente parte de los *Consuelos*; pero si esto es dudoso, consta de su correspondencia con el doctor Fonseca que dichos ensayos llegaron a manos de éste con el título de *Ilusiones* y que el objeto del autor era pintar los sueños y las aspiraciones ideales de la juventud en general, encerrando en un cuadro pequeño, pero variado en situaciones y accidentes, un período completo de la existencia del hombre. El tipo de su héroe lo había sacado de lo hondo de su propio corazón, delineándolo con el recuerdo de las luchas morales que él mismo había experimentado, según lo declara en su correspondencia privada con aquellos amigos.

El resultado de estas exploraciones de la opinión ajena, acerca del efecto que podían producir sus ensayos en la sensibilidad de un hombre selecto nacido y destinado a vivir como él a las orillas del Plata, no pudo ser más satisfactorio ni más lisonjero para sus aspiraciones concentradas exclusivamente en este pedazo de mundo americano. Las *Ilusiones* no sólo fueron bien recibidas y atentamente leídas por sus distinguidos compatriotas, sino aplaudidas y elogiadas con verdadero entusiasmo, no con voces vagas ni palabras comedidas, sino con detenidas demostraciones razonadas, porque aquellas poesías, como ningunas otras, le habían afectado hondamente, conmovido sus entrañas y transportádole penosamente a los recuerdos de una juventud análoga a la del héroe de las *Ilusiones*. «Yo he pasado por las mismas vicisitudes y he sido joven y amado del mismo modo y con las mismas consecuencias», decía el doctor Fonseca al autor. El triunfo de éste al comenzar su carrera de poeta no podía ser mayor, puesto que había conseguido la aprobación de juez tan competente. Aun consiguió más: los versos de Echeverría produjeron el efecto de una corriente galvánica sobre la persona moral del doctor Fonseca.

El hombre interior se reveló espontáneamente. Bajo la influencia de los choques de aquella lectura, el médico tomó la pluma y en una página detenida y esmeradamente escrita dejó consignadas revelaciones preciosas para la historia de su vida y para el estudio del corazón humano. La primera juventud de ambos amigos, nacidos en una misma parroquia, que sólo se conocieron en el extranjero, fueron casi idénticas.

Llevaban ambos en el corazón las mismas heridas que les inclinaron a la melancolía y al desaliento, mezclados a la energía que inspiran el deber y anhelos de perfección. Ambos eran poetas románticos en el alma, ambos habían estudiado lo bello bajo sus aspectos humanos y sociales, y tanto el uno como el otro dan pruebas de que en la atmósfera general de aquella época las formas literarias no fueron en su juventud otra cosa más que la expresión adecuada y natural de

un movimiento en la raíz de los espíritus, producido por la influencia de la libertad que comenzaban a disfrutar más ampliamente.

La influencia de Lafinur y de Fernández Agüero, en filosofía; el liberalismo seglar bajo cuyas influencias se reformaron los planes de estudios, despertaban para las letras el terreno en que con tanta fortuna sembró más tarde Echeverría la doctrina y el ejemplo. A la penetración de éste, si no nos equivocamos, escapan estas observaciones y desdeña demasiado en sus escritos el proceso ascendente que habían seguido las ideas en su país, formando una cadena progresiva de la cual nuestro distinguido pensador era un eslabón mejor forjado, si se quiere, y de mejores quilates, pero de igual materia, vaciado en el molde fatal del progreso de que nunca estuvimos desheredados los argentinos.

Echeverría no se redujo a tratar exclusivamente a los hombres de su misma habla y nacionalidad residentes en París. A más de cultivar relaciones con estos señores, frecuentaba la tertulia de varios literatos de nota, y en especial la de aquellos que por adhesión a las ideas liberales, como entonces se decía, simpatizaban con la América independiente y estudiaban con pasión el problema de la estabilidad y del progreso de las instituciones democráticas en el nuevo mundo. En esas reuniones era, como es de presumir, el mimado de los concurrentes, por su calidad de extranjero, que es una recomendación en aquella capital cosmopolita, por lo remoto de su origen y por la novedad que allí despierta un hombre de tierra lejana, que habiendo nacido en países bárbaros se presenta con todas las dotes y los adornos de la civilización.

A estas circunstancias se juntaban para favorecerle en aquellas serias y cultas sociedades su competencia como juez en las cosas de América, y la exactitud de sus informes acerca del carácter e importancia de nuestros prohombres, de la marcha y desenlace posible de los acontecimientos políticos y militares, y de los elementos que tanto la naturaleza como el desarrollo de la civilización americana ofrecían para la prosperidad de las nacientes repúblicas. En todas estas materias se mostraba Echeverría juicioso, entendido y capaz de dar solución a las dudas y preguntas que se le dirigían y de apoyar sus opiniones con hechos y cifras estadísticas, de las cuales encontramos muchas en sus libros de memorias, tomadas de su propia mano a las mejores fuentes. Tenemos testimonios ante los ojos que prueban el vivísimo interés que excitaba en algunos espíritus selectos del círculo parisiense de Echeverría la causa americana, y fácilmente se comprende la influencia en él de la palabra del joven porteño, cuando con orgullo y firmeza, les tranquilizaba en sus perplexidades e inquietudes.

«Tiempo hace —decía en uno de éstos en junio de 1827— que el destino de la América ha dejado de ser un problema, y no hay poder en el mundo que pueda trastornarle. Sería necesario extirpar la raza americana, y desnaturalizar totalmente las cosas para embarazar el progreso de la civilización en aquellas favorecidas regiones: progresos a que contribuyen a torrentes todos los hombres libres del globo.»

En estos círculos parisienses encontró Echeverría un amigo, joven como él, que tuvo notable influencia en sus predilecciones literarias.

Pertenecía a una distinguida familia que suponemos oriunda de uno de los cantones alemanes de la Suiza, ardiente partidario de la libertad política y dado a las letras con competencia poco vulgar en ellas. La inteligencia y la imaginación vinculaban esta amistad.

París es un medio social en donde respiran a su sabor y albedrío todas las inclinaciones. Si es la Babilonia de los placeres y de los vanos espectáculos, es también la Tebaida del estudio y una de las ciudades del mundo en donde pueden admirarse con todo su atractivo las virtudes que brotan alrededor del trabajo asiduo e inteligente. Allí hay tentaciones por demás para los sentidos y seducciones irresistibles para los estudiosos: allí halla, generosamente a su disposición, cuanto puede ambicionar el espíritu para aplicarse y desenvolverse.

En este mundo de la vida mental vivían en París el suizo y el porteño, y cavilosos ambos y de alma de poetas, se alejaban frecuentemente de los *boulevares*, y se perdían conversando en los risueños alrededores de aquella capital.

Fue en esos paseos y en esas conversaciones que Echeverría comenzó a conocer la literatura alemana. Él mismo recordaba en una carta a aquel amigo, la profunda e indeleble impresión que le había causado un drama de Schiller, que hemos visto representar en Buenos Aires, en nuestra juventud, con lágrimas en los ojos, interpretado por la Trinidad y por Velarde, titulado, en alemán, «La hija del músico», y en la traducción española «El amor y la intriga». Esa lectura despertó en Echeverría, son sus propias palabras, el más ardiente deseo por conocer las obras de aquel gran escritor, así como las de Goethe. Tan pronto como pudo proporcionarse traducciones francesas de ambos, las devoró, encontrando en ellas tesoros que sentía no apreciar más en su justo valor por desconocer las lenguas en que fueron originalmente escritas.

Tal era la atmósfera pura y vivificante para la vida moral que respiraba Echeverría en Francia. Había poblado su modesto rincón de estudiante de todas las realidades y visiones del espíritu, y como se hallaba engolfado en la asidua lectura, en el estudio y la contemplación, oía con indiferencia los ruidos seductores de las plazas y las calles públicas. Como suele cambiarse de clima para recobrar las fuerzas físicas, él había atravesado el océano para robustecer su corazón, y a la manera de aquellos romanos antiguos que visitaban las escuelas de Atenas para prepararse a las luchas de la tribuna y de la libertad en la gran república, Echeverría no fue más que un transeúnte por la Europa en el camino del ansiado regreso a su patria, cuya imagen no se apartaba ni por un momento de su memoria.

* * *

Echeverría no podía vivir largo tiempo lejos de las orillas del Plata. Su alma estaba encordada como un arpa edílica que sólo resonaba herida por las auras patrias. Pocas veces puede darse una armonía más íntima entre el hombre y el suelo, entre el alma y la natura-

leza; entre la luz, el ambiente, y la inteligencia y la intaginación, como la que existía entre don Esteban Echeverría y el país en donde había brotado a la vida como una planta indígena. Era generoso como la tierra virgen, vasto en sus miradas como la llanura; de alma tranquila y tempestuosa a un tiempo como el mar dulce que tantas veces cantó el rumor de las crecientes que habían arrullado su cuna.

Fácil es imaginar que esa sombra que entristece el espíritu del expatriado y se llama nostalgia, debía interponer de cuando en cuando su desaliento entre los ojos enternecidos y el libro de nuestro estudiante, especialmente en esas largas horas de nieve del invierno europeo en las cuales hasta la llama del hogar habla de melancolías y despierta el deseo de gozar al sol. Pero en esos momentos un amor concebido en la patria, una predilección nacida con él y convertida en hada benéfica, llegaba a disipar aquella sombra y a colorearla con los tintes azules del cielo ausente. Esa hechicera era su guitarra, su «fiel compañera», la que, según sus propias expresiones, alejaba con sus sonidos las fieras que le devoraban el pecho. Sin duda esa guitarra había sido llevada muchas veces oculta como un delito, bajo la capa del hijo del *Alto* y sonado acompañando el *cielito* en los bailes equívocos y ultrafamiliares de los suburbios del Sur, en la primera juventud de nuestro poeta. Pero esa guitarra de pacotilla, de cuerdas y bordonas compradas al menudeo en la *esquina* de «Almandos» o en el almacén de «Lozano», había pasado a ser una vihuela de las fábricas de Sevilla o de Cádiz, un verdadero instrumento gobernado por manos adiestradas bajo la dirección de profesores afamados. Echeverría se preciaba de pertenecer a la escuela del maestro Sor, y de interpretar con inteligencia la música sabia de Aguado, escrita especialmente para el diapason de la vihuela.

Pero más que el gusto ajeno debía al suyo propio y a la delicadeza de sus sentidos, el encanto con que pulsaba aquel instrumento que pocas personas le vieron en la mano, porque lo reservaba exclusivamente para él y para las horas en que sólo estaba visible para su propia alma. Los que hemos oído los arpegios que brotaban de sus dedos al recorrer alternativamente con lentitud o rapidez las cuerdas de su guitarra, podemos comprender cómo este instrumento era a la vez su consuelo, su inspirador y el consejero de esa vaga y ondulante armonía melancólica que sombrea la mayor parte de las poesías fugitivas de Echeverría. Estas, antes de tomar formas en la palabra, habían nacido envueltas en las ondulaciones de un sonido armonioso, de modo que la estrofa de su poesía es como un *libreto* que forzosamente se amolda a sonidos más elocuentes que la palabra misma. Ritmo y música eran sinónimos para nuestro poeta, así como tañer y modular, pasión y concierto, hermanadas y confundidas estas identidades en las regiones del entusiasmo. El músico diestro, es decir, el poeta «con una *disonancia hierre*, con una armonía hechiza, y por medio de la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, *da voz a la naturaleza* inanimada y hace fluctuar *el alma* entre el recuerdo y la esperanza pareando y alternando las rimas.»

Así él, que conocía mejor que nadie estos procederes y que tan arriba levantaba los oficios del *consonante* y la *medida* del verso, perdía su templanza ordinaria cuando veía interpretadas por las reglas gramaticales y de la retórica vulgar las combinaciones del metro y de la frase en el conjunto de sus obras, cualquiera de las cuales, por pequeña y trivial que pareciera, está siempre impregnada de un no se sabe qué, que entra en el cerebro como un perfume, por los ojos como un rayo de luz, al corazón como una gota de miel o como un grano de acíbar.

* * *

Cuando Echeverría salió de Buenos Aires para Europa ya había experimentado los primeros síntomas de la enfermedad que lo atormentó toda la vida. Ese mal que tenía su asiento en el corazón y «le absorbía casi toda la vitalidad de sus órganos», desapareció a poco de estar en Francia, si no del todo, al menos atacábale allí de tarde en tarde y con menos violencia. En el año 1835, época en que escribió unos apuntes autobiográficos que tenemos a la vista, contaba ya doce años el mal de que se quejaba. De manera que, a pesar de su mucho amor al suelo natal, encontrábase de mejor salud en el extranjero y, no habiendo llenado del todo el programa de sus estudios, cuando se vio obligado a regresar y a emprender viaje a Buenos Aires, lo hizo contra su voluntad, urgido probablemente por la falta de recursos pecuniarios. Faltábale todavía completar sus cursos de Economía Política y Legislación que había emprendido en la Universidad de París de una manera formal. Como para despedirse de la Europa, quiso conocer a Londres, y visitó la gran metrópoli británica durante mes y medio en el verano de 1829⁽¹⁾, embarcándose a su vuelta a Francia en el puerto del Havre de Gracia en mayo de 1830, con escala en Montevideo, donde tocó en junio, desembarcando en Buenos Aires, en los primeros días del siguiente mes de aquel mismo año.

El regreso de Echeverría a la patria no debió ser un hecho que pasase desapercibido en aquella parte de la sociedad porteña que aún participaba de los hábitos cultos que tanto se habían esparcido desde 1821, y comenzaron a descubrirse después de los funestos resultados del movimiento revolucionario de fines del año 1828. Llegaban junto con él los profesores y amigos suyos, Fonseca y Portela, cuyos nombres se encontraban diariamente en los avisos de los periódicos, anunciando que por el espacio de más de cuatro años, y a expensas del gobierno, habían perfeccionado sus conocimientos profesionales en las escuelas de París, y ofrecían al público sus servicios en la práctica de la medicina y de la cirugía. Esta autoridad se reflejaba naturalmente sobre el literato y publicista, por reducido que pudiera ser el círculo de sus relaciones. La figura personal de Echeverría interesaba donde quiera que se mostraba, y era, cuando por entonces le conocimos de vista, un

(1) De esta visita no hemos encontrado más rastros que la copia en lápiz de algunas inscripciones de las losas fúnebres del panteón de la abadía de Westminster.

modelo de buenos y sencillos modales, y llevaba con suma naturalidad el vestido que por su corte demostraba desde lejos la exquisita habilidad de los artesanos franceses en materia de modas. Usaba lente, de aro de oro labrado, porque lo necesitaba en realidad, para discernir los objetos distantes, y nadie le tachaba de afectado cuando en la calle y con frecuencia llevaba la mano al ojo para reconocer las personas que le llamaban la atención. Estos eran los aspectos externos bajo cuyos auspicios se presentaban en Buenos Aires al recién llegado.

La *Gaceta Mercantil*, que a pesar de su pobreza tipográfica era en aquellos días una especie de poste en donde se clavaban las novedades que podían interesar al público, había reproducido en sus menudadas columnas dos composiciones poéticas de Echeverría, acompañadas de cortas palabras, amistosas y cariñosas, no del redactor, sino de algún interesado anónimo en el lastre de la literatura patria. Estas composiciones, el *Regreso* y *En Celebridad de Mayo*, son páginas de los *Consuelos* que Echeverría, lleno aún de ilusiones y esperanzas patrióticas, echaba como hojas de laurel sobre la cabeza de una ciudad que había abdicado su antigua corona. Este obsequio a la patria tiene el aire en aquella *Gaceta* de una acción de cuya misma bondad se recelara, callando el nombre del autor y designándole simplemente por la expresión vaga de «un joven argentino». El público ignoraba cuál era el verdadero nombre y apellido de quien sabía escribir versos que no había leído mejores, ni parecidos, desde algunos años atrás.

Esta publicidad a medias y como vergonzante no podía contener el noble orgullo de Echeverría, sino irritarle y amargarle el ánimo. A más de la *Gaceta* brillaba en nuestra constelación periodística, *El Lucero*, redactado por un extranjero bien conocido, cuyas pretensiones literarias le colocaban en la obligación de abrir juicios sobre los ensayos poéticos recién aparecidos. En efecto, en el número de ese diario, correspondiente al 15 de julio de 1830, y con referencia al *Regreso*, publicado una semana antes en la *Gaceta*, su editor dice que ha corrido con placer esos versos que justamente merecen la aprobación pública. A esta vaciedad agrega esta otra: «celebramos que un joven argentino se distinga por esta clase de trabajos. Algunas líneas encierran ideas cuya brillantez fascina la imaginación: la rima es, con pocas excepciones, perfecta; y muy feliz la elección de los conceptos.» Pero entre estos «conceptos había algunos que no le cuadraban bien y redujo su crítica a desvirtuar su verdad y energía con una habilidad que queremos hacer patente para que se vean cómo se engendran y brotan los gérmenes malignos e inmorales al calor malsano de la situación creada por la arbitrariedad política. El poeta había dicho en una de las valientes estrofas del *Regreso*:

*Confuso, por tu vasta superficie,
Europa degradada, yo no he visto
Más que fausto y molicie,
Y poco que el espíritu sublime;
Al lujo y los placeres*

*Encubriendo con rosas
las marcas oprobiosas,
Del hierro vil que a tu progenie oprime.*

El redactor del *Lucero* se empeña en desmentir con ejemplos de magnanimidad y de liberalismo recientes estas inculpaciones a la Europa; tarea no difícil cuando se recurre a los detalles para contestar a la generosidad poética y a un arranque de la imaginación. Pero, continuando la apología, asegura el redactor que los vicios que pudieran echársele en cara al viejo mundo, son consecuencia inevitable de una grande civilización, y que en la imposibilidad de desterrarlos del todo, mejor es verlos *encubiertos con rosas* que rodeados de espinas. Esta era la *ética* de Tartufo que predominó en la prensa más inteligente de Buenos Aires y que desde entonces se preparaba a no escandalizarse de ninguna maldad ni de ningún crimen.

Tal es la historia de los primeros anuncios que recibió Buenos Aires de que contaba un nuevo poeta. Ahora será más fácil comprender por qué aquel joven, que pocos renglones antes hemos pintado tan apto para gozar de los placeres de la sociedad, desaparece repentinamente de ella y se asila como un misántropo en el seno de sus afectos de familia, en el círculo de unos cuantos amigos selectos, y busca el alimento de su vida en las abstracciones de la meditación y de la poesía.

En pocos días había podido sondar hasta las entrañas la situación política en que se encontraba su patria. Sus esperanzas y proyectos se desvanecieron como un sueño: él no podía tomar parte en la acción directiva del pensamiento gubernativo, ni como escritor, ni como representante del pueblo, y mucho menos como funcionario de una administración que, más que mérito en sus empleados, comenzaba ya a exigir de ellos las ciegas sumisiones que prepararon el franco advenimiento del despotismo.

El mismo ha dicho, en uno de sus bosquejos autobiográficos: «el retroceso degradante en que hallé a mi país, mis esperanzas burladas, produjeron en mí una melancolía profunda. Me encerré en mí mismo, y de ahí nacieron infinitas producciones de las cuales no publiqué sino una mínima parte con el título de *Consuelos*.» El mismo día en que contaba treinta años de edad (2 de septiembre de 1835), «queriendo poner en un papel los pedazos del corazón», escribía también lo siguiente: «Al volver a mi patria, ¡cuántas esperanzas traía! Pero todas estériles: la patria ya no existía. *Omnia vanitas*» (1).

Esta pena moral tan profundamente sentida y expresada con tanta amargura, tuvo una influencia perniciosa sobre su físico y su temperamento excesivamente nervioso, y comenzó de nuevo a experimentar, con mayor violencia, el mal al corazón de que se había aliviado con el viaje por mar y el clima rígido de Europa. A los tres meses después de su regreso le acometieron dolores vagos en la región precordial, y poco

(1) Esta situación del poeta está valientemente personificada en el don Juan de *El Ángel Caído*.

más tarde se declaró la enfermedad con todos sus caracteres, y con todos los tormentos que el mismo paciente describe así...: «Dolores insoportables y palpitaciones irregulares y violentas desgarraban mi corazón. El más leve ruido, la menor emoción hacían latir fuertemente mi pecho y todas mis arterias. Mi cerebro hervía y susurraba como un torrente impetuoso. ¿Eran los nervios o la sangre la causa de este tumulto? Los médicos han hecho gigote de mi cuerpo y han averiguado en él este aforismo de Hipócrates: *Quæ medicamentum non sanat, ferrum sanat; quæ ferrum non sanat, ignis sanat: quæ ignis non sanat, insanibile est.*» Medicina, hierro, fuego, han probado en mí, y estoy extenuado, sin salud y sin esperanza.

«Si no he sucumbido es sin duda porque hay un robusto y generoso germen de vida en mi organización, que maravillosamente la sostiene, y el cual siento que se agota cada día. Una *irritación* tan larga, tan tenaz que no han podido desalojar las medicinas más activas, debe necesariamente haber enervado las fibras musculares de mi corazón, gastado sus fuerzas vitales y reducidolas a un estado de atonía o debilidad preternatural. Se hace esto evidente para mí al observar que una sensación inesperada, la sorpresa, o cualquier ejercicio muscular algo violento, me sofocan; me producen tirantez, dolor y latidos en la región precordial y sacudiendo todas las fibras de mi máquina la desacuerdan y relajan. No pudiendo entonces mi corazón débil repeler con energía la sangre que lo atosiga, ceja, se dilata, lucha turbulento con ella, y al fin triunfa; pero quedando más dolorido y quebrantado» (1).

En la víspera del 25 de Mayo de 1831, Echeverría hace un paréntesis a sus dolores y desalientos, y remite al *Diario de la Tarde* su conocida *Profecía del Plata*, que ocupa una de sus seis mezzuinias columnas de aquel periódico político y literario (2). A pesar de este título último, su redacción se redujo a decir que aquella poesía había sido remitida por un «joven hijo de Buenos Aires» para que se le diera un lugar en las páginas de aquel diario.

Durante un año y medio, a contar de aquella fecha, no aparece un solo verso de Echeverría en nuestra prensa periódica. Sin embargo, el mártir de los padecimientos físicos, sintiéndose morir y dando por extinguido completamente el fuego de su juvenil entusiasmo, continuaba escribiendo en verso para desahogar su corazón y adormecer un tanto sus dolores con la dulce melodía de las Musas, según su propio

(1) En la descripción médico-literaria de Echeverría se nota a primera vista cuál era el juicio que de su enfermedad habían formado los facultativos a quienes consultaba. La causa de ese desorden físico era una «irritación», según ellos, y acudieron a la lanceta y ventosas sañadas, que encierran en sí toda la farmacia del sistema «antiflogístico» entonces a la moda. De esta moda en la ciencia fue víctima Echeverría, cuya naturaleza, vigorosa en la juventud, se habría restablecido nada más que con ayuda de una buena higiene y de un paréntesis a sus trabajos sedentarios.

(2) *Diario de la Tarde*, comercial, político y literario. — Número 7, martes 24 de mayo de 1831. — Esta composición, que se encuentra en la página 30 del tomo 3º de las obras completas del autor, apareció por primera vez en este mencionado diario, con el siguiente título: «Profecía del Plata antes de la Revolución de Mayo».

testimonio: «semejante —decía por entonces— al pintor de la iglesia de los jesuitas de Hoffman, arrastro una vida de impotencia y despecho, mientras el fuego de Prometeo devora mis entrañas.» Siendo para él el mundo real una cárcel y una perpetua tortura, fraguábase en la fantasía otro poblado de visiones y de seres imaginarios en quienes infundía sus aspiraciones y se personificaba él mismo. Su poema de *Elvira*, escrito en la época a que nos referimos, tiene por único «concepto» el triunfo de las fuerzas funestas del mal sobre las aspiraciones legítimas a la felicidad. Lisardo es la virtud y la ciencia encarnadas en un alma joven y viril sedienta de amor. *Elvira* es la esencia candorosa de la belleza, bajo la forma de una mujer, prometida a las ardientes aspiraciones de aquella alma de hombre. La unión de estos dos seres que se atraen por la simpatía debía concretar en un hecho la idea de la ventura suprema. Una mano diabólicamente envidiosa se pone descarnada entre uno y otro y los divorcia inexorable para siempre. La felicidad de este mundo, el amor, la hermosura, flores son de una mañana como las del desierto, dice el poeta, y de estas tristes verdades destila algunas gotas balsámicas de resignación.

Elvira apareció anónima en 32 páginas in 8º en el mes de septiembre de 1832. El momento no era por cierto literario. El año 1832 comenzó para Buenos Aires con la celebración oficial de los triunfos de Quiroga, con la represión de las libertades de la prensa, y terminó con las famosas renunciaciones del gobernador Rosas, que no fueron más que una tregua hipócrita a las miras que realizó más tarde. La paz pública tenía aspecto de resignación y cansancio, y la sociedad de Buenos Aires se materializaba para entregarse sin remordimiento a la suerte que le deparase el despotismo irresistible que ya sentía sobre sus espaldas, briosas en otro tiempo. Si a esta situación política del país se agrega la extrañeza de la estructura literaria de *Elvira*, sin modelo en la poesía castellana y ajustada a la romántica de Inglaterra y Alemania, según declaración expresa de su autor, podrá explicarse la indiferencia con que se miró por el público la aparición de aquel librito, a pesar de sus bellezas y de lo que éstas prometían en provecho de la literatura patria. Los grandes apasionados del verso habían huído con el altar de sus musas a la otra orilla del Río, y una que otra pluma inexperta concurren con tímidos comunicados en los periódicos a celebrar y criticar la *Elvira*, sin pasar de su epidermis y discutiendo con interés sobre si era o no atinado el cambio frecuente de metro observado por el autor. La opinión editorial de la prensa se manifestó insípida y en dimensiones infinitesimales, en el *Lucero* y el *British Packer*, redactados por personas versadas en las literaturas extranjeras que debieron aprovechar aquella rara ocasión para lucirse. Pero no fue así. Este último, tomando pie del epígrafe de Wordsworth, puesto al frente del poemita, se limitó a contradecirle con un texto del «inmortal Shakespeare» y a declarar digno al joven del país autor del poema, de ocupar un «nicho» en el Parnaso⁽¹⁾. El *Lucero*, que ja-

(1) The British Packet and Argentine news—Saturday, 22 and September—1832—Núm. 318.

más dijo bien de persona que no estuviera en gracia oficial, por mucho que fuese su mérito, huyó el cuerpo a los compromisos de crítico y desató, en pocos renglones, una vasta erudición de nombres propios en abono de la promiscuidad de metros, puesto que, decía, era común en las obras de Schiller, Byron, Alfieri, Grossi, Manzoni, Lamartine, Hugo, etcétera⁽¹⁾.

Echeverría esperaba con ansia las manifestaciones de la opinión pública sobre su primer ensayo y las buscaba naturalmente en los editoriales de los diarios más acreditados y entendidos. De manera que cuando cayeron en su mano los artículos de que acabamos de dar idea, padeció una profunda mortificación en su amor propio y tomó la pluma *ab irato*, para escribir una sátira mordaz ingeniosa y humorística, improvisada en endecasílabos sueltos⁽²⁾.

Estas expresiones de la irritabilidad del vate eran frecuentes en el autor de *Elvira*. Pero una vez que había dejado escapar en prosa o verso, el excesivo hervor de su resentimiento, volvía a su mansedumbre normal y condenaba al olvido el testimonio manuscrito de un rato de mal humor de que se reía más tarde. Estos actos eran en él a veces cumplimiento de deberes de conciencia. Su cartera, como puede advertirse en el presente volumen, estaba atestada de protestas, bajo todas las formas, contra los hechos sociales y políticos, que no podía condenar en público, pero que merecían un examen imparcial y severo o una elocuente condenación en nombre de la buena doctrina, del patriotismo o de la ciencia. Su tirria contra ciertos «gaceteros» no era tanto personal como pudiera parecer: un sentimiento de más alcance la inspiraba, porque se dolía de que, invocando el saber y el talento, tomasen la pluma los extraños para ilustrar al país y burlaran esta misión que nadie les imponía, contribuyendo, por cálculos sórdidos, a extraviarlo, a obscurecerlo y a disculpar por último, los errores de los malos gobernantes. Algunas de aquellas protestas silenciosas de Echeverría serán, desde la aparición de sus obras completas, una venganza póstuma de muchos de sus tormentos morales.

* * *

Estas inquietudes del espíritu en un cuerpo debilitado debieron despertar en el autor de *Elvira* el deseo de ausentarse de la ciudad en busca de silencio y aire libre. En los primeros días del mes de noviembre de 1832, acompañado de un amigo que le estimaba mucho, se embarcó a bordo de una goleta que remontó el pintoresco Uruguay hasta la linda y saludable ciudad de Mercedes, situada a las orillas del Río Negro, afamado por la excelencia de sus aguas, y cuyos bosques abundantes en flores del aire ha cantado más de un poeta argentino. Allí permaneció seis meses gozando de aquella bella naturaleza y de los agrados de la sociedad de personas escogidas que apreciaban

(1) El *Lucero*, diario político, "literario" y mercantil. Núm. 882, Jueves 4 de octubre de 1832.

(2) "El conflicto de unos gaceteros con motivo de la aparición de un poemita, o la Asamblea de los Sabios. — Farsa satírico-cómica, por un lego".

su talento y su carácter. Allí escribió dos felices composiciones ligeras, *El pensamiento*, *La diamela*, y muchos versos de un poema titulado *Lara*, según se infiere de los siguientes:

*¿Adónde Lara va? ¿Dónde se dirigen
Sus pasos hoy? ¿Va, acaso, vagabundo
Cual otro tiempo a recorrer el mundo
En busca de ilusiones?...*

No: angustioso,

*«Va a buscar la salud en las orillas
Apacibles del Negro.» Allí lo lleva
La esperanza feliz de hallar consuelo
Al mal que lo devora, en otro cielo
En clima más benigno...*

Esta esperanza de recobrar la salud no se realizó, a pesar de las aguas benéficas, del clima placentero y del aire puro de las costas del Río Negro, de las cuales se despidió tan atribulado como cuando llegó a ellas; triste, abatido, enfermo, desesperanzado, según las textuales expresiones de uno de sus más quejumbrosos romances (1).

Valióle a Echeverría para no caer de veras en la tumba abierta a sus pies, el temple de su alma que entonces nadie conocía, como pocos le conocen hoy mismo. Valióle la actividad de una inteligencia que aliviaba sus horas dolorosas transportándole a las regiones donde reina la idea, se vive con el alma y se adormece la materia en la contemplación. Valióle sobre todo el desprendimiento de sí mismo, de que era capaz cuando su profundo amor a la patria le inspiraba los planes de reforma social que concebía su cabeza, y tenía la ambición de ofrecer a su país como tributo de buen ciudadano.

La virtud eficaz de estas influencias, el sentimiento del deber y los halagos de la esperanza, que es la elocuente consejera de la perseverancia en los desfallecimientos de la juventud, produjeron en nuestro poeta una especie de convalecencia física y moral, cuyos síntomas más aparentes eran la resignación y la paz de la conciencia; y con la sonrisa de un justo reapareció en la sociedad trayendo en su mano, como resto precioso de una tormenta y de un naufragio, el libro inmortal de los *Consuelos*. Denominaba así a esa colección de fugaces melodías (según una modesta nota escondida entre sus páginas), porque aliviaron su amargura en una época funesta de que no conservaba más que una imagen confusa. Esto tenía lugar en el año 1834. Sin la moderación característica y veraz que distinguía a Echeverría, hubiera podido prometer entonces a sus compatriotas con tanta oportunidad como el poeta romano la traslación a la patria de nuevas y peregrinas Musas,

(1) "Adiós al Río Negro".

y decir con él: «*Probemos nuevas sendas*», por las cuales, como otros, pueda levantarme de la tierra y volar victorioso en boca de la fama.»

* * *

Tentanda via est, que me quaque possim

Tollere humo, victorque virum volitare per ora.

Echeverría, que como su *Lara* supo desde temprano sofocar las ansias o el contento del corazón (1), habíase regenerado a esfuerzos de una voluntad poderosa y valiente, y se presentaba disimulando el atrevimiento de sus intenciones, bajo las formas líricas de una poesía personal, en la que, sin embargo, se reflejaba la situación del país. ¿Qué era éste, por entonces, sino una víctima martirizada, descontenta y quejosa de lo pasado, resignada a la fatalidad del presente, y esperanzada en los secretos del porvenir? ¿Qué son los *Consuelos* sino el trasunto y la personificación de estos mismos dolores y esperanzas?

Esta consonancia entre el libro y el público, que ni los críticos más avisados notaron por entonces, fue la causa principal, aunque latente, de la aceptación general de que gozaron los *Consuelos* desde su aparición. Las mujeres hojeaban el precioso volumen en busca de las páginas que hablan de amor y en donde dialoga la pasión entre él y ella, dejando en blanco los nombres propios. Los ardientes rayos que destellan las composiciones consagradas a los recuerdos patrios, tentaban a su lectura a los hombres maduros testigos de la revolución. Todo el mundo concurría a aquel inesperado banquete literario, el último de que había de disfrutar por largos años la culta Buenos Aires. Los *Consuelos*, fueron, sobre todo, los bienvenidos de la juventud inteligente, saludados por ella con simpatía y entusiasmo. Este recibimiento que la nueva generación hacía al recién venido, era natural: saludaba en él la imagen de su corazón y de su propia mente, y dábale en el hogar el asiento del hermano mayor que vuelve cargado de experiencia después de un largo viaje. Esa juventud halló en el pequeño volumen la historia de su vida interior, dictada por ella misma en las realidades del presente y en las aspiraciones indeterminadas para en adelante. Y como la juventud es inelancólica de suyo porque más sueña que medita, y ambiciona más de lo que puede conseguir, aspiró deleitada el ambiente de la nueva poesía, impregnado de las mismas tristezas y de las mismas aflicciones morales que superabundaban entonces en aquella generación tan desgraciada. Los *Consuelos*, en una palabra, fueron el eco de un sentimiento común y una verdadera revolución. Una por una, todas las páginas del quinto volumen de las obras de su autor prueban la exactitud de esta opinión, según nuestra manera de entender, los antecedentes sobre que la fundamos.

La aceptación general que obtuvo esta primera obra dada a luz por Echeverría bajo su nombre atrájole la atención pública, y no fue-

(1) "Lara o la partida", estancia 6ª.

ron escasas a favor de su persona las simpatías de la sociedad (1). El, que tan enérgicamente ha estigmatizado el falso brillo de la *reputación*, pero que ambicionaba gloria, que todavía no creía haber conquistado, porque apenas se preparaba a merecerla, desdeñó los halagos de la fama, y cuando todos celebraban sus versos y deseaban conocer al autor, se aisló, al lado de su hermano, en su establecimiento industrial fundado por éste en los suburbios de Buenos Aires, y allí continuó su obra en el retiro y en el silencio. Allí redactó, y dictó a uno de sus amigos, el poema de *La Cautiva*, el cual, unido a algunos himnos y canciones, apareció al público con el título de *Rimas* (2). Las *Rimas* pueden considerarse como una continuación de *Los Consuelos*, acentuando su autor, más que en éstos, las intenciones de innovador y dando en la *Advertencia* la primera clave de su doctrina literaria. El principal esmero que se trasluce en ésta es dignificar la poesía, y hombrarla con la verdad, despojarla de galas mentidas, hacerla hablar en un lenguaje natural y en estilo sin «rimbombo», dando más cabida al sentido recto que a los rodeos y perifrasis. Esto en cuanto a la expresión. En cuanto a lo esencial, la *Advertencia* establece que la

(1) Como muestra de la aceptación universal que hallaron los *Consuelos* desde su aparición, copiamos el siguiente párrafo de una carta datada en Potosí a 4 de agosto de 1842. Firmada por don Mariano Salas, conocido literato de Bolivia, escrita al autor de aquella colección de poesías: "Permítame Vd. a un hombre que le es desconocido llamarle el "amigo de mi corazón..." En *Los Consuelos* de Vd. he hallado los mios, una fuente inagotable de ternura, los pensamientos más enérgicos que puede concebir un alma grande y desolada, una armonía tan seductora, que, para valerme de la expresión de Vd., es el acento de un ángel peregrino en la tierra... He repasado mil veces su precioso libro; he recomendado a la memoria sus composiciones que forman mi delicia... han suscitado en mí el impotente deseo de desahogar en verso mis congojas."

Así vibraban las fibras de un corazón joven al influjo de los versos de Echeverría; véase por las siguientes líneas, cómo latía el de un hombre ilustre por su patriotismo y por sus talentos, probados en una noble vida de 80 años. El señor general don Nicolás de Vedra, en una carta, sin fecha, que tenemos autógrafa a la vista, decía así al autor de las *Rimas*:

"...Yo no tengo, a los 79 años de edad, ni con qué comprar un almanaque, y ésta es la razón por que no está en mi poder todo lo que Vd. haya escrito; y bien que lo haya leído de paso, lo he graduado como producciones de una cabeza que sabe pensar, y de un genio que se desvía por contribuir a la ilustración de sus contemporáneos. Sus poéticas rimas no las sé de memoria porque la mía es incapaz de retener lo que es digno de conservarse en ella, a excepción de siete versos que a cada momento repito con tristeza y con énfasis:

Ven, ven, ¡oh Dolor terrible!
de tu poder invisible
haz un nuevo ensayo en mí:
verás que una alma arrogante
es como el puro diamante
que siempre brilla flamante
sin admitir mancha en sí.

¡Cuántas reflexiones suministra este testamento estoico de uno de nuestros hombres de la gran revolución, especialmente para nosotros que conocemos la biografía contemporánea!

El poema *La Cautiva* ha sido traducido íntegro a la lengua alemana, en el mismo metro del original y en igual número de estrofas, por Wilhelm Walther — en un volumen impreso en St. Gallen, 1861, con el título "Staatlantisch". — El autor ha puesto a su obra este epígrafe significativo: "Res, non verba".

(2) *Rimas*, de Esteban Echeverría. Buenos Aires, Imprenta Argentina, calle de la Universidad núm. 37, 1837, 1 vol. in 8º menor de 214 páginas.

poesía no miente ni exagera, que el poeta copia la realidad de la naturaleza, levantándola a las condiciones de lo bello, cuyo tipo debe existir en su alma. Que la poesía es idealismo y que idealizando el poeta sus creaciones, éstas deben resultar más bellas y perfectas que la realidad misma como trasunto de una verdad concebida por el espíritu y manifestada por el arte. Pero, aparte, de estas ideas, acertadas aunque un tanto metafísicas para la comprensión común, especialmente en la época en que se emitían, las *Rimas* contenían, en el poema de *La Cautiva*, el resultado de esas mismas ideas y de su aplicación práctica, así como la revelación de un campo no cultivado hasta entonces por nuestros hombres de imaginación. Del mismo modo que el desierto, añadía la *Advertencia*, es una riqueza material con que nos brinda la naturaleza, puede ser también fuente de placeres morales como alimento a la literatura argentina: verdades ambas que Echeverría tiene la honra de haber emitido antes que nadie, mostrando con ellas un verdadero pensador en economía social y en el arte, materias que se consideran generalmente divorciadas en una misma cabeza.

Las *Rimas* alcanzaron tanta celebridad como *Los Consuelos*; el crédito del autor creció con ellas, y en todas las imaginaciones se grabaron las figuras de María y de Brian, y las escenas de nuestra naturaleza y de nuestras costumbres, traídas a la admiración urbana y culta por la pluma mágica del bardo argentino. Los extranjeros mismos que han estudiado y comprendido *La Cautiva* la consideran como un cuadro de maestro cuyas perspectivas dan la más cabal idea de la adusta inmensidad de la Pampa, y cuyos pormenores y accidentes viven y hablan con una verdad que sorprende. Pero no es bajo estos aspectos conocidos y estimados ya por la buena crítica que queremos considerar las *Rimas*, sino por el lado de su alcance social y su tendencia revolucionaria. Según su mismo autor, ellas, aun cuando parezcan desahogos del sentir individual, encierran ideas que pertenecen a la humanidad; y nosotros añadiremos que reemplaban las almas hasta el estoicismo, en la lucha con el mal y el dolor, y herían las fibras del amor patrio despertándole con nobles y bellos ejemplos. Al corazón alentado por una alma fuerte nada desconcierta: «ni mi arrogancia ni mi orgullo han de ceder a tu constancia en combatirme», dice el poeta en su «himno al dolor»; y estas palabras eran en aquel tiempo una lección y un consuelo para los espíritus atormentados. Brian es un joven en cuyo rostro y apostura se estampaban la nobleza, el valor y la majestad del guerrero familiarizado con la victoria; que había derramado su sangre por la gloria y la libertad de la Patria, consagrando su vida al honor; y muere delirando con combates gloriosos a la sombra de la «bandera azul»; con los recuerdos de sus campañas en los *Andes*, y consolando sus últimos momentos con la idea de que los favores del poder no empañaron jamás la dignidad de su orgullo (1).

En 1837 los colores de la bandera amada de Brian se habían obs-

(1) *La Cautiva*, el poema...

curecido y comenzaban a mancharse con gotas rojas. Los recuerdos de la gloriosa lid no estaban a la moda, y una que otra de las espadas de ella que aún podían servir para la libertad en la diestra de los contemporáneos, o estaban rendidas al poder temporal o colgadas en el destierro. La agonía de Brian era, pues, un reproche y un problema Y, cuando se tiene presente que Echeverría ha dedicado un extenso poema a la sublevación de los hacendados de los campos del Sur contra Rosas, nos creemos autorizados para suponer que el héroe de *La Cautiva* era en la mente del autor el caudillo de la cruzada redentora a que concitaban sus versos.

* * *

Pero Echeverría, levantándose más arriba de la idea de una revolución material, sangrienta y de éxito dudoso, tenía mayor fe en la que paulatinamente pudieran producir las buenas doctrinas para volver al país a la senda en que le colocaron los patriotas de Mayo y de la cual se había apartado de manera que inquietaba al patriotismo del poeta. El pensamiento de 1810 era, según él, una fecunda semilla que después de regada con sangre requería cultivo inteligente que la hiciera producir un régimen verdaderamente democrático e instituciones libres, ligadas a los antecedentes históricos de la vida argentina. Los partidos políticos, que para él no habían sido más que facciones hasta su tiempo, no merecían aquella denominación por haber carecido de doctrina y porque nada habían fundado de estable en materia de organización fundamental. Fue, pues, su propósito crear un partido, una fuerza de opinión colectiva y directriz, que comprendiendo con claridad el pensamiento de Mayo, se fortaleciese con él, le desentrañase, le redujera a fórmulas científicas y se consagrara en seguida, por todos los medios de la acción, a convertirle en organismo social de gobierno a fin de lograr la libertad y el progreso que promete el principio republicano.

Para constituir este partido se requerían elementos nuevos, poco desarrollados en el pasado y capaces de espera y confianza en el porvenir; soldados reclutas, pero vigorosos, aptos para emprender una campaña más ardua que la de la Independencia, tan gloriosa como ellas, puesto que se acometía en demanda de la libertad organizada en gobierno. El partido cuya formación ideaba Echeverría, debía, en una palabra, escogerse entre la juventud y era con este objeto que el publicista había levantado su bandera en *Los Consuelos* y en las *Rimas* del poeta. Al aceptar los hombres nuevos la doctrina literaria del autor de estos libros, que era esencialmente emancipadora, se efectuó en ellos una especie de revelación de destinos desconocidos, pero seductores, a cuya conquista estuvieron dispuestos a lanzarse; y las dificultades se allanaron por sí mismas para la realización de tan patrióticos propósitos.

* * *

Lo que se llama la juventud, en los pueblos en revolución, es una entidad desgraciada, especie de umbral profanado sobre el cual ponen el pie los que se van y los que les reemplazan en las alternativas de la lucha civil. Inocente de los delitos que ella repugna, arrostra, sin embargo, sus consecuencias como una enfermedad heredada, y se ofrece en sacrificio con la esperanza de ahorrar a sus hijos los dolores que le legaron sus mayores. Generosa como la primavera, prodiga sus flores sin averiguar quién cosechará los frutos que rara vez ella saborea, y alegre y luminosa como aquella estación del año, se arroja a los peligros con el denuedo de una falange de mártires. La sangre de éstos es la única que tiene la virtud de producir la libertad, y los pueblos que no se riegan con ella permanecen esclavos y barbarizados.

Estas generaciones de transición desempeñan un papel importante y meritorio en la historia, porque son a manera de vanguardias valientes que facilitan, sacrificándose, el resultado feliz de grandes batallas. Aquellos que alcanzan a contemplar el desenlace, en el todo o en un episodio principal del drama político en que fueron actores precoces, son los que únicamente pueden conocer el mérito y avalorar el sacrificio de sus compañeros rendidos o vencedores en la lucha. Y son éstos también los únicos capaces de ofrecer en provecho de los venideros el fruto de la experimentación en el estudio a que se presta la inferencia de la idea, de la pasión y la virtud juveniles en las evoluciones sociales.

Por desgracia no cupo esta fortuna a quien más preparado que nadie estaba para escribir y legarnos esas lecciones de su experiencia propia. Echeverría no presenció la caída de Rosas, aunque la presentía con una fe inquebrantable; y señalamos este hecho de preferencia a cualquier otro de los que se anudan con él, porque la acción toda y la actividad de la juventud a que nos referimos, presidida por Echeverría como un hermano mayor de inteligencia, se redujo por muchos años a preparar con la palabra y el fusil aquel anheladísimo objeto, porque la desaparición de Rosas importaba la desaparición del embarazo que obstaba al progreso del país y al advenimiento del orden legal.

Vamos a referir en pocas palabras cuál era y cómo se hallaba preparada aquella parte de la juventud argentina que tomó partido en la reacción contra el poder absoluto y tenebroso de aquel bárbaro que tenía a su disposición la fuerza, la complacencia de cortesanos hábiles y hasta las seducciones del confesionario y del púlpito.

Delante de este poder tan fuerte, cuyas raíces eran tanto más tenaces cuanto que venían extendiéndose rastreras y poco a poco, desde mucho tiempo atrás, en terreno bien preparado, se atrevió a presentarse Echeverría sin más armas que su inteligencia, su fe en lo bueno y su confianza en la imperecedera vitalidad de la idea de Mayo, detenida en su desarrollo progresivo por una mano torpe y egoísta.

Pero el pensador poco podía hacer de fecundo, de general y que cundiera en las entrañas de la sociedad, si no se rodeaba de adeptos, de discípulos y de amigos que cooperasen con él a la generación de

la Patria; y desde luego comprendió que los soldados de semejante empresa no podían encontrarse ni reclutarse sino entre jóvenes inteligentes, instruidos y de carácter elevado.

Como Echeverría había permanecido algunos años fuera de su centro y educándose en Europa, no conocía de cerca cierto grupo social, que como una corriente pura circulaba por Buenos Aires y bajaba con ímpetu, curiosa de mayor saber, desde las alturas laicas de la Universidad y del «Colegio de Ciencias Morales». Sin embargo, una atracción secreta y recíproca aproximaba las dos entidades y comenzaron a ponerse en contacto en el «Salón Literario» (1). Era éste una especie de institución o academia libre a donde concurrían a leer, a discurrir y conversar muchos amigos de las letras, y entre éstos el autor ya afamado de *Los Consuelos* y de *La Cautiva*. Los trabajos inéditos de Echeverría que ahora publicamos en sus obras completas dan alguna idea de la manera cómo se presentó él allí y de los propósitos innovadores que dejaría traslucir en sus conversaciones con los concurrentes al Salón. La mayor parte, y la más dedicada de entre éstos, componíanse de discípulos aventajados de las escuelas mencionadas; de manera que Echeverría tuvo allí por auditorio una juventud apasionada por lo bello y por la libertad. Pero como muy pronto los celos del poder absoluto disolvieron aquella brillante asociación de inteligencias, fue indispensable recurrir al trabajo sigiloso de un pensamiento verdaderamente argentino por su atrevimiento y trascendencia, que pertenece exclusivamente a Echeverría y a la juventud que se le asoció para llevarle a término. Nos referimos a la «Asociación de Mayo» y al *Dogma Socialista* que nació en su seno.

Echeverría mismo ha narrado con maestría y verdad la historia de esta asociación, sus propósitos y trabajos, y delineado con líneas firmes el estado de nuestra sociedad en los últimos días de mayo de 1837, época en que reveló a algunos de sus más cercanos amigos el pensamiento que le ocupaba. Dos fracciones irreconciliables se dividían la opinión: la una diminuta en número y vencida, la otra victoriosa apoyada en las masas. En medio de estas dos corrientes encontradas se había formado una nueva generación capaz ya por su edad y por sus antecedentes de aspirar al deber de tomar parte en la cosa pública. Heredera legítima de la religión de la patria, buscaba en vano en aquellas banderas enemigas el símbolo de esa religión; y como su corazón estaba virgen y ávida de saber su inteligencia, aspiraba a conocer cuáles eran las promesas de la revolución, para convertirlas en realidades, puesto que no lo habían conseguido hasta entonces ni el partido unitario ni el federal. El primero tenía en su abono la creación de algunas instituciones benéficas, el empeño de la reforma por la educación; y la juventud formada en sus escuelas profesaba naturalmente, una simpatía manifiesta por los hombres y la doctrina liberal de aquel partido. Pero los unitarios mismos asilados en el extranjero miraban con lástima a esa juventud, desconfiaban

(1) Fundado por el señor Marcos Sastre sobre la base de una numerosa y escogida colección de libros de su propiedad particular.

de ella, la menospreciaban, dice Echeverría, porque la consideraban federalizada y frívola. A Rosas no se le ocultaba que la inteligencia y el porvenir de las generaciones de su tiempo no le pertenecían, y procuraba humillar a la juventud representante de la aspiración a lo bueno y legal, agentes mortales de su poder y de su política.

En esta situación y rodeados de verdaderos peligros, se reunieron en la noche del 23 de junio de 1837 más de treinta y cinco jóvenes que saludaron con una explosión eléctrica de entusiasmo y regocijo tanto el discurso elocuente que pronunció Echeverría manifestando la necesidad que tenía la juventud de asociarse para ser fuerte por la fraternidad de pensamiento y de acción, como la lectura que él mismo hizo de las «palabras simbólicas» del credo de la nueva generación. Lo que se llama el «Dogma socialista» no es más que el desarrollo de aquellas «palabras», y fue redactado también por Echeverría de acuerdo con una comisión nombrada en la misma noche del 23 de junio. En la del 8 de julio la asociación se reunió de nuevo con el objeto expreso de prestar juramento y obligarse solemnemente por medio de una fórmula parecida a la de la «Joven Italia», a servir y guardar fielmente los principios del Dogma a costa de cualquier sacrificio.

El día siguiente los asociados celebraron uno de los grandes recuerdos patrios, y su propia instalación con un banquete en cuya mesa se improvisó a hurtadillas la última bandera legítima azul y blanca que se viera en Buenos Aires desde muchos años atrás y que no volvió a aparecer sino después de febrero de 1852 (1).

Los fines que la Asociación se proponía eran varios, todos fundamentales y pacíficos, puesto que se trataba nada más que de patria y de regeneración, tomando por instrumento de la obra a todos los buenos ciudadanos, todos los intereses y todas las opiniones. No por componerse de gente nueva carecía la Asociación de sensatez y de medios prácticos de acción. En el mismo ejército de Rosas, entre los hacendados acaudalados de la campaña, en las provincias hermanas, la Asociación de Mayo contaba con simpatías y prosélitos, y logró establecerse en Tucumán y en San Juan, contando allí como afiliados a los jóvenes más distinguidos de aquellas importantes e ilustradas fracciones de la gran sociedad argentina. Todos comprendían que el resultado de la armonía que se lograra establecer en los espíritus,

(1) En ese banquete pronunció Echeverría el siguiente brindis que copiamos de un autógrafo de escritura menuda y clara, calidades poco comunes en sus borradores:

«Hemos venido a celebrar el "9 de Julio", es decir, el día de la declaración solemne de nuestra "Independencia" en que los libres del mundo vieron con regocijo a un pueblo americano alistarse en las banderas de la "Libertad", y contraer el compromiso de concurrir con sus fuerzas al progreso del género humano. ¿Queremos ser independientes para poder ser libres. ¿Y lo somos, señores, después de tantos sacrificios? No. El gran pensamiento de las revoluciones, y el único que las sanciona y legitima, es la regeneración política y social: sin él serían la mayor calamidad con que la Providencia puede afligir a los pueblos.

«Tenemos independencia, base de nuestra completa regeneración, pero nos falta lo mejor: la techumbre, el abrigo de los derechos, el complemento del edificio político —la "Libertad"—, porque nuestra regeneración apenas si se ha principiado.

«Brindo, pues, por que bajo los auspicios de la Federación lleguen a realizarse las esperanzas de "Julio", y el gran pensamiento de la revolución de "Mayo".

15

alrededor de una doctrina política, debía ser provechosa para la organización legal del país, cerrando la revolución y desterrando para siempre hasta la sombra del poder arbitrario. Y ésta en realidad era la mente de los asociados. Ellos se consideraban obligados no sólo a establecer los principios de su dogma, sino a tomarlos «como criterio en la solución de las cuestiones prácticas que envolvían la *organización futura del país*»; y por consiguiente, el hecho de hallarse constituida la asociación no era más que la iniciativa de una serie de trabajos arduos y serios que el mismo redactor del *Dogma* formuló en una carta que hemos publicado por primera vez en sus obras completas.

Al escribirlo, Echeverría tenía el pie en el estribo, y puede decirse con entera verdad que extendía aquel programa notable de problemas trascendentes, calado su poncho de campesino, y oyendo el ruido del manotear impaciente de su caballo, aguijoneado por los atractivos de la *querencia*. Cuadro hermoso, a nuestro entender, que merecía reproducirse por el pincel como representación del más noble tipo argentino. Echeverría, personificación, en un todo, de lo mejor de la sociedad en que había nacido, se nos presenta en aquella vispera de su partida al campo más simpático que nunca a nuestra memoria, fidelísima, como nuestro corazón, para con aquel compatriota estimable. Siempre fue para nosotros un ideal bellísimo de ciudadano de un pueblo libre y pastor aquel que reuniera a la virilidad adecuada a las industrias rurales la cultura de la mente y la educación del corazón; el alma de un *peregrino* de la Nueva Inglaterra y las aptitudes físicas del gaucho. Hombres vaciados en ese molde habrían regenerado la patria por su raíz en pocos años y hermanado en nuestras campañas la mejora y el adelanto de sus rudas industrias con los goces de la civilización, protegidos por el orden, la libertad y la justicia. ¡Qué no sería hoy, a pesar de su progreso relativo, el pago de Giles, por ejemplo, si hombres en la flor de la edad, y moralmente irreprochables, como don Esteban Echeverría y don Juan Antonio Gutiérrez, su amigo y vecino, hubieran podido acumular con su trabajo de pastores los bienes de fortuna que tan pingüe industria les prometía, y adquirir influencia sobre los *paisanos* por medio de una larga y ejemplar residencia entre ellos! La fatalidad de los tiempos no lo permitió: los dos amigos y recientes vecinos tuvieron que huir de esos mismos paisanos barbarizados por los torpes Jueces de Paz de don Juan Manuel, y fueron a morir víctimas de sus propios méritos en tierras extranjeras, en donde prodigaron el bien que no pudieron practicar en la nativa.

Hemos asociado aquellos dos nombres, forzados por el encadenamiento natural de los sucesos de la vida que referimos.

* * *

La policía de Rosas penetró en el secreto de las reuniones de la juventud, y habría sido una imprudencia repetir las frecuentemente en una época que el mismo presidente de la Asociación pinta con estos

colores: «La Francia estaba en entredicho con Rosas. La mazorca mostraba el cabo de sus puñales en las galerías de la Sala de Representantes y se oía doquier el murmullo de sus feroces y sarcásticos gruñidos. La habían azuzado, y estaba rabiosa y hambrienta la jauría de dogos carniceros. La *divisa*, el luto por la Encarnación, el bigote, buscaban con la verga en mano víctimas o siervos para estigmatizar. La vida en Buenos Aires se iba haciendo intolerable».

Para evitar las consecuencias de una situación tan peligrosa, salieron de Buenos Aires algunos de los miembros de la Asociación, y los que permanecieron en esta ciudad trataron de distraer la suspicacia de la policía que los observaba guardando una conducta reservada y poco comunicativa. Echeverría no quiso ser del número de los primeros, por más que la cercanía de Montevideo, en donde tenía campo casi argentino para continuar sus trabajos, le tentara y sedujera. «Emigrar, decía, es inutilizarse para su país». Prefirió, en consecuencia, retirarse del todo a su estancia de «Los Talas», situada, como dejamos apuntado, al Norte de la Provincia, entre los pagos de Luján y de Giles.

La inteligencia de Echeverría no descansaba jamás, ni la distraía de sus miradas cambio alguno de situación ni de localidad. La carencia de pluma y tintero no era para él un obstáculo para producir. Combinaba y reformaba en su cabeza las más elaboradas composiciones, y esperaba la ocasión oportuna para verterlas sobre cualquier papel de desperdicio, con el mayor desgreño y con los más pobres utensilios. Las más veces aprovechaba de la buena voluntad de algún amigo íntimo a quien tomaba por amanuense, ejerciendo sobre él todas las tiranías inocentes a que se creía autorizado, como señor de la idea, con respecto al agente mecánico por cuyo medio la arrojaba a luz.

Allí en «Los Talas» compuso su poema sobre la insurrección del Sur, y las sentidas estrofas a don Juan Cruz Varela, «muerto en la expatriación», en las cuales se pinta él mismo e interpreta los martirios del proscrito, interpretando los suyos cuando no eran todavía una realidad sino una amenaza de expiación futura de sus virtudes de hombre libre:

*¡Triste destino el suyo!
En diez años, un día
no respirar las auras
de la natal orilla,
¡No verla ni al morir!*

Hemos conocido la estancia de «Los Talas» en donde se concibieron estos pensamientos tan generosos, trascendiendo perfumes de patria. Era modelo de un establecimiento fundado con corto capital y suma inteligencia y economía por el hermano predilecto del poeta, ayudado de los consejos de éste. Las *taperas* sobre que los Echeverría habían levantado unos ranchos cómodos y bien distribuidos, tenían un aspecto triste y sombrío. Profundas zanjas con tapias endurecidas a

pisón anunciaban que alguna vez sus remotos habitantes habían sido fronterizos y defendiéndose contra los indios y ladrones del despojado. Las «*tunas de España*» mezclaban sus hojas pulposas en forma de «*raqueta*» claveteadas de púas a los talas descoloridos y espinosos, y formaban un bosque de algunas cuadras en donde se anidaban bandadas de aves y una especie de gatos monteses y grandes y bravos como cachorros de tigre, a los cuales asestábamos frecuentemente nuestra escopeta de estudiante en vacaciones, a disgusto manifiesto del amigo dueño de casa, que aborrecía la destrucción de los seres vivos aunque fueran dañinos. Los peones y campesinos miraban de mal ojo aquel matorral más que bosque, y tenían en opinión de bruja a una sirvienta santiagueña, que durante todo el año sacaba de los nogales excelente cochinilla con que teñía de rojo el hilo de lana para sus tejidos a la usanza de su provincia. Bajo aquellas bóvedas ralas de hojas amarillentas se notaban algunos senderos angostos, prolongados y recién hollados, abiertos por los frecuentes paseos de don Esteban, único visitante de aquel sitio en donde arrullaban las enamoradas torcazas y brillaban en la sombra los ojos sanguinolentos y astutos del gato montés. Creemos que aquel paraje era delicioso para Echeverría, y que no le habría trocado por una selva tropical. Si no estamos equivocados, y esto lo dirá la crítica, el poeta de *Los Consuelos*, a pesar de la blandura de colorido de que su pincel era capaz, no se ha complacido en pintar la naturaleza que sólo es bella por sus medias tintas, su luz velada, sus flores pequeñas y peregrinas, sino la grandiosa y agreste en donde los objetos producen por su magnitud y poder impresiones hondas y graves. Sus miniaturas no son tales sino por el tamaño y la duración: por el sentimiento y la idea son grandes telas cuyos lejos no tienen límites en el horizonte de la imaginación, sino en el número de las estrofas.

Sea de esto lo que fuere, por aquellos senderos paseaba nuestro amigo su melancolía y sus sueños la mayor parte del día, revolviendo en la mente el mundo de sus ideas, fraguando sus poemas y dialogando con su corazón sobre cosas pasadas y misterios del porvenir. En aquella soledad le sorprendieron dos acontecimientos ruidosos: el levantamiento liberal de los hacendados de Chascomús, cuyo resultado fue funesto para los reaccionarios contra el sistema de Rosas, y la invasión del general Lavalle por el lado Norte de nuestra provincia. El primero de estos sucesos no alteró en nada la situación de Echeverría y le dictó el valiente poema de que ya hemos hecho mención; el segundo decidió de su suerte para todo el resto de su vida. La desacordada aventura de aquel hombre a quien nuestro poeta llamó «una espada sin cabeza», «el veterano sin estrella»⁽¹⁾, venía a realizar un movimiento de hecho, visiblemente impotente y de aquellos que repugnaban al iniciador de la Asociación de Mayo, porque su previsión le mostraba claro que las victorias que consiguiera Rosas alejarían indefinidamente el cambio social que él esperaba de la len-

(1) Avellaneda, poema.

ta labor de las ideas y de los intereses, que no eran en su concepto los de un partido, sino los de toda la nación interesada en el advenimiento de un gobierno fundado en la ley.

Pero Echeverría, como todos los hombres inteligentes de su generación, estaba condenado a ser cómplice de los errores de aquellos que levantaban la bandera azul y presentaban el pecho a las lanzas con banderola roja. Como vecino de un departamento de campaña ocupado por las armas *libertadoras*, no podía Echeverría huir de entre ellas. Esto habría equivalido a pasarse a las filas del déspota, porque la situación no tenía término medio, y la alternativa era forzosa y fatal. El estanciero de «Los Talas» se resignó a deber con la abnegación de costumbre, y asociado a su amigo y vecino don Juan Antonio Gutiérrez labraron en el pueblo de Giles un acta-protesta que tenemos a la vista, escrita de puño y letra de este último. Este documento puede leerse en la nota de abajo y medirse por el temple de su redacción el patriotismo y los caracteres que sacrificó el expedicionario *libertador*⁽¹⁾.

La aparición de Lavalle en la provincia de Buenos Aires fue rápida y funesta como la de un fantasma. El 5 de julio de 1840 desem-

(1) Nos, los abajo firmados, vecinos y hacendados del Partido de San Andrés de Giles, estando en pleno goce de nuestra libertad, merced al heroico esfuerzo del Ejército Libertador, y teniendo en consideración que la autoridad que Rosas reviste proviene de una verdadera usurpación, pues que ni la Sala tuvo derecho para otorgársela, ni el pueblo se la otorgó sino compelido por el terror y la violencia; que Rosas es, por consiguiente, un audaz usurpador y un intruso y abominable tirano; que en diez años de usurpación y tiranía ha diezmado la población, perseguido y asesinado a los más beneméritos patriotas, fomentando para reinar la anarquía, llevado la guerra a las Provincias hermanas y sumergido a la República, y especialmente a la provincia de Buenos Aires, en la miseria y degradación más espantosa; que sólo sus demasías y atentados han dado margen a que la Francia bloquee nuestros puertos, a la muerte de nuestra industria y comercio y demás calamidades que han sido consiguientes; en uso de nuestros derechos soberanos, por ante Dios y los hombres declaramos:

1º Que Rosas es un abominable tirano usurpador de la soberanía popular.

2º Que la autoridad de Rosas es ilegítima y nula, y nadie está obligado, por lo mismo, a obedecer sus mandatos.

3º Que habiendo caducado la autoridad de Rosas, reasumimos nuestros derechos de soberanía para usar de ellos según convenga a los intereses del pueblo de que somos parte, y declaramos nulos y de ningún valor todos los actos y declaraciones públicas que violentamente nos han arrancado los ministros de su tiranía.

4º Que la titulada Sala de Representantes sólo fue creada por Rosas para que diese con su sanción cierta apariencia de legitimidad a sus atentados, y ni es ni puede ser el órgano de la voluntad del pueblo.

5º Que la Francia es nuestra verdadera amiga, nuestra generosa aliada en la reconquista de la libertad argentina, y deseamos sea considerada como la nación más favorecida.

6º Que el General Lavalle es el bravo Libertador de la Provincia, y su ejército el defensor y reconquistador de los derechos del pueblo argentino.

7º Que inter la espada del héroe libertador y la de sus bravos aniquila el inmenso poder del tirano y sus satélites, reconocemos en el general Lavalle autoridad plena para dictar las providencias y tomar las medidas conducentes al logro de la completa libertad y pacificación de la provincia.

8º Que tan luego como se enlace este grandioso objeto, nuestro más íntimo deseo es que el voto libre del pueblo soberano elija la Representación que debe ser el guardián de sus derechos y el órgano legítimo de sus voluntades.

Y en fe de que la anterior es la libre, franca y espontánea manifestación de nuestro pensamiento, llenos del más fervoroso patriótico entusiasmo, firmamos esta acta, «*requietos*» a sostener con nuestro brazo y a sellar con nuestra sangre lo que en ella declaramos. — En San Andrés de Giles, a veintiséis del mes de la Regeneración de mil ochocientos cuarenta años.

barcó en San Pedro; a fines de agosto se retiraba —dejando más compacto que nunca el poder del tirano, cuya saña se encpnó con las amenazas impotentes de sus rivales—, y arrastrando en la desgracia que le persiguió por todas partes una generosa juventud que rindió la heroica vida en los campos del Quebracho, en Sancala, en Angaco, y por último en Famaillá y Rodeo del Medio, a mediados del mes de septiembre de 1841 (1).

Echeverría no tenía bastante salud ni fuerza física para seguir al ejército libertador en la campaña que abría con su retirada; pero no pudiendo permanecer en su establecimiento de campo, huyó «con lo encapillado», como él mismo ha dicho, en busca de los puertos del Paraná. Todo lo abandonó: bienes de fortuna, esperanzas de bienestar para lo futuro, y hasta sus manuscritos, algunos de los cuales pudo salvar «de las rapaces uñas de los seides de Rosas» el patriotismo de una señora, escondiéndolos en su bolsillo (2).

Echeverría se refugió en la vecina ciudad de la Colonia del Sacramento, donde vegetaban varios antiguos emigrados a la espera de una ocasión propicia para regresar a sus hogares. El recién llegado se encontró allí en el seno de una sociedad que le abrió los brazos y le dispensó la más cordial hospitalidad, distinguiéndose especialmente su condiscípulo y amigo el doctor don Daniel Torres, hombre lleno de mérito que pereció más tarde devorado por las fiebres malignas de los hospitales militares de Montevideo, en donde prestó por mucho tiempo sus servicios profesionales con un desprendimiento ejemplar.

Echeverría permaneció algunos meses en la Colonia.

Su patriotismo no había decaído en los contrastes recientes, ni sus esperanzas tampoco, ni abandonado la lira, única y preciosa joya, salvada con su vida y compañera fiel de su aislamiento y pobreza. En el mes de mayo de aquel año cantó el glorioso 25 de una manera digna del asunto y del poeta. El plan de su composición es vasto y desempeñado con reposo de ánimo y con tranquila reflexión. Co-

(1) Llegados a salvo, a esfuerzo de su fuerza y buena fortuna, el amigo de Echeverría, a quien nos hemos referido, después de haber seguido las banderas de Lavalle y de La Madrid, en peligrosísimas y funestas campañas, y de haber atravesado los Andes a pie sobre las nieves, nos escribía desde Valparaíso en 18 de octubre de 1841. "... Me iré a Montevideo si se abandona la empresa y no la emprendemos por otro lado, y entonces seguiré la suerte de los que pelean por la libertad. No soy del sentir de aquellos que dicen: ya he trabajado bastante; que trabajen otros; por el contrario, los que estamos ya atemperados a las fatigas y acostumbrados a las privaciones debemos llevar adelante la empresa; que se ría Rosas sobre nuestros cadáveres; pero no en nuestras caras: que se coma la tierra nuestros andrajos, pero no nos excitemos con ellos compasión de mendigos en países extraños..."

(2) Echeverría logró llegar con peligro y dificultades a las aguas del Guazú, en donde halló la hospitalidad de la fragata francesa *Expeditivo*. El sobre de una carta de don Jacinto Rodríguez Peña dirigida a Echeverría nos proporciona este detalle, y no queremos privar a nuestros lectores del placer que ha de causarles la generosa efusión de sentimientos que contienen aquellos renglones: "Mi querido hermano, mi maestro: acabo de saber su llegada al Guazú: ¡puede usted figurarse lo que me habrá sorprendido, después de tanto tiempo separados y sin saber una palabra de Vd.! Lo saludo con toda mi alma. ¡Cuánto ha pasado entre nosotros desde la última vez que nos vimos! Si pudiéramos vernos hablaríamos mucho, mucho, con el corazón en la mano, ¿no es verdad? Haré todo lo posible para ir a visitarlo; hoy no puedo y temo no encontrarlo. Adíós.—Un abrazo de J. R. Peña."

mienza con una valiente pintura de la América, desconocida, colmada de todos los dones de las edades primitivas del mundo, y poblada de gentes incultas pero arrogantes y libres. «Grande y bello hubiera sido», dice en un arranque de verdadero poeta, el ver cómo se desarrollaba por sí misma una sociedad humana y progresaba por su propia fuerza genial y por medio de una inteligencia libre, desprendida de influencias extrañas. Pero ésta no era la voluntad de la Providencia. El genio de Colón entregó el nuevo mundo a la codicia del antiguo, y gimio esclava la América por tres siglos hasta que la «filosofía audaz y profética dictó al pensamiento humano una nueva ley». La revolución de mayo fue siempre en concepto de Echeverría, y empleando su mismo lenguaje, la realización de una idea, la encarnación de un pensamiento, en armonía y consecuente con las evoluciones de progreso de la humanidad. Esa idea se había por lo tanto convertido en su mente y en su corazón en culto y doctrina, y en cosa sagrada a cuya marcha y transformaciones progresivas es crimen y demencia oponerse. Esta fe le ilumina, le transforma en profeta, y hará que sus obras, a par que las de Moreno en la aurora de 1810, sean eternas como los laureles de nuestro himno patrio y como la vida de la República.

La época reaccionaria que lleva el nombre de Rosas no es para el poeta más que un retoño abortado del tronco caduco que la revolución no ha extirpado del todo en la tierra fértil del Plata, y que no echará ramas capaces de ahogar las del árbol frondoso de la libertad. El mandón es un imbécil que delira creyendo que puede ser juguete de un tirano el pueblo que derramó su sangre por libertarse de otros más poderosos que él. Tal es la filosofía que contienen las estrofas consagradas al 25 de Mayo, a la sombra de los muros de la Colonia y con las cuales entusiasmo y consoló Echeverría a sus compañeros de expatriación.

Este es el primer canto del destierro y por esta razón nos hemos detenido en él. Echeverría, lejos de colgar su arpa dolorida en los sauces del Paraná al tocar suelo extranjero, la acercó más a su corazón, porque ella era la voz y la palabra de su alma, el verbo de su idea, usando de expresiones que son frecuentes en sus escritos. En ese mismo mes de mayo y en la misma Colonia databa otra valiente composición dirigida a la «Juventud Argentina». «No llores, hermanos —le dice—, no desmayéis jamás. Sois de raza de gigantes, predestinados para vencer la barbarie y sus ídolos. Si hoy el sol de la Patria alumbró su propia servidumbre y su baldón, mañana llegaréis vencedores por la espada y «la idea», al pie de la Pirámide a entonar con vuestros mayores, himnos a la «igualdad y al progreso».

Los rastros de la vida de Echeverría están impresos en sus escritos, y a juzgar por la fecha y data de algunos de ellos, podemos suponer que se retiró de la Colonia en junio de 1841, para encerrarse en Montevideo, en donde ni siquiera le esperaba una tumba inviolable. Sin embargo, aquella ciudad le ofreció más que la que dejaba: acti-

vidad al espíritu y ocasiones para prestar servicios a la libertad y a la civilización, a cuya causa se había consagrado exclusivamente.

Nada es tan conocido como la historia de aquel heroico baluarte, en el cual se asilaron las esperanzas futuras del Río de la Plata, cuando el poder de Rosas era más fuerte, sus ejércitos más numerosos y sus escuadras mejor tripuladas. La política liberal convirtió aquel pedazo fertilísimo de terreno en un arsenal, en una tribuna de doctrina, en un cuartel de valientes, y en teatro de una constancia verdaderamente heroica. Allí vivían hermanados por una misma aspiración los orientales y argentinos, y las filas de unos y otros fueron engrosadas espontáneamente con amigos de la libertad, de todas las nacionalidades. Paz y Garibaldi se ilustraron allí al lado de Pacheco y Obes y de otros muchos jefes orientales, en una lucha diaria que duró diez años. La diplomacia tuvo agentes activos e inteligentes, que lograron interesar a las primeras naciones de Europa, a favor de la causa que sostenía aquella pequeña península del estuario del Plata. Allí se formó una escuela de publicistas que fue modelo de altura de propósitos, de moderación y cultura de estilo, en las columnas de periódicos que serán páginas eternas de una época gloriosa y fecunda para la idea liberal en América. La lista de los mártires y de los hombres ilustres que perecieron dentro de las defensas de Montevideo es inmensa y no nos atrevemos a escribir los nombres de los que creemos primeros, temerosos de ser injustos con el olvido de uno solo. Únicamente nos será permitido recordar a Echeverría entre los prohombres de la defensa. Su conducta y sus servicios le acuerdan esta prerrogativa, como vamos a manifestarlo en la siguiente relación del resto de su vida.

La de la sociedad de Montevideo era de acción por momentos febril. La trinchera, la plaza pública, los muelles, la casa de gobierno, constituían, por decirlo así, los hogares de la población. Echeverría se hallaba frecuentemente en todos aquellos centros de curiosidad y movimiento; pero sin cargar el fusil, sin desempeñar ningún empleo; sin escribir en los periódicos, oficios todos que desdeñaba y se desprendían de él como contrarios a su naturaleza. Independiente y parco, no quería enajenar su libertad personal a precio de un sueldo del Estado. En caso de necesidad, su pecho habría sido de los primeros en ofrecerse a los tiros de los soldados de Oribe ⁽¹⁾. La polémica de detalle, la controversia diaria con la prensa pérfida y vulgar de Buenos Aires, sostenida por la de Montevideo, no despertaba en Echeverría más que un interés relativo, considerándola como guerrillas de pluma, necesarias para mantener el nervio y la moral de la defensa armada. En la lucha contra Rosas sólo tenía fe en las grandes batallas, y en los sis-

(1) Esta suposición está confirmada con el hecho siguiente: en una grande alarma motivada por un amago de los sitiadores, concurrió Echeverría con sus armas al llamado de los tambores, y cuando pasado el conflicto regresaba envuelto en su capa y encorvado al peso de sus dolencias físicas, le alcanzó el general Pacheco, al frente de una fuerza de caballería, y enfrentando con él, saludó con el sombrero en la mano y con su genial elocuencia al ilustre poeta que daba aquel ejemplo de abnegación y constancia.

temas levantados sobre principios probados por la experimentación, capaces de producir por sus resortes vitales un cambio radical en la sociedad. Aleccionado muy a costa suya contra la infructuosa tentativa de Lavalle, escribió las siguientes palabras, que han llegado hasta nosotros en la posdata de la carta a un amigo: «Es necesario desengañarse: no hay que contar con elemento alguno extranjero para derribar a Rosas. La revolución debe salir del país mismo; *deben encauzarse los caudillos que se han levantado*». Poseído de esta convicción, los disparos de la artillería de sitio no le prometían la victoria en el campo de batalla como tampoco en el político los alegatos elocuentes con que los diarios montevidéanos demostraban que Rosas era un tirano, un tigre bañado en sangre de víctimas inmoladas a su arbitrariedad. Para deducir estas consecuencias no se necesitaba la sagacidad del genio. Convencido también que la situación lamentable de su país era fruto natural de la revolución, producido por la inexperiencia y los errores de la misma, no aspiraba a suplantarlo en él unos hombres a otros hombres, aun cuando fueran santos los que vinieran a ocupar los nichos que quedaran vacantes: quería reemplazar la acción y el poder de las personas, por la acción y el poder de las ideas, y dar la rienda del gobierno no a los expedientes que dicta la urgencia del momento, sino a un sistema administrativo «democrático», es decir, en que participara el mayor número en el manejo de los intereses comunes.

Toda su obra atestigua lo que acabamos de decir, y especialmente su *Dogma Socialista*. Así, hablando, cuando publicó este trabajo, de la indiferencia con que le habían recibido ciertos publicistas aislados en Montevideo, que no hicieron justicia a la trascendencia de las miras orgánicas de aquel notable documento, nos escribía en relación a ellos: «Éstos no han pensado nunca sino en una *restauración*; nosotros queremos una *regeneración*. Ellos no tienen *doctrina* alguna; nosotros pretendemos tener una: un abismo nos separa».

Echeverría censuró francamente a los hombres que no presentaban un sistema de ideas orgánicas a la consideración del país para después de vencido el obstáculo que oponía al orden el pésimo gobierno de Rosas, aun cuando reconocía en esos hombres «ideas parásitas y fragmentarias y habilidad para el expediente de los negocios comunes». Éstos, decía, no piensan sino en salir de los apuros del momento, jamás echan una mirada en el porvenir porque no comprenden ni el pasado ni el presente: viven con el día como los calaveras. Encarándose con el redactor de *El Nacional*, le reprochaba que para calmar los temores que manifestaban algunos sobre el desquicio posible a la caída del tirano, aconsejara la vuelta al programa del año 21. «Esto es aconsejar el *retroceso*, ¡como si el país no hubiera vivido veinticinco años desde aquella época! El sistema representativo del año 21 devoró a sus padres y a sus hijos. Hace once años que Rosas, en castigo, le puso a la vergüenza pública; y ahí se está, sirviendo de escarnio a todo el mundo» ⁽¹⁾.

(1) *Dogma Socialista*

El autor del *Dogma*, al enumerar la ignorancia del pasado entre las causas de nuevos errores para lo venidero, recomendaba indirectamente la manera cómo él mismo había procedido para llegar a dar fórmula a su doctrina social, base de la organización política que, según su juicio, mejor se acomodaba a las condiciones del país. Había comenzado por darse cuenta del significado e intenciones de nuestra revolución emancipadora, y deducido que no era ésta un movimiento voluntario de independencia únicamente, sino también un propósito de *libertad* para la patria emancipada. Y como la libertad no existe sino al abrigo de principios eternos, se propuso descubrir de qué manera los habían comprendido y servido nuestros mayores en medio del estrépito de las armas. Los elementos de este problema se encuentran, según Echeverría, como es la verdad, en los *Estatutos* revolucionarios. Una vez hallados, se dedicó con paciencia y sagacidad a desentrañar los principios fundamentales de libertad individual y política encerrados en esos documentos, y delante del resultado del examen exclama: «¡Bello y magnífico programa!» Su labor por la revolución no era, pues, en él un instinto ciego y vago; habíalo concebido profundo en su razón, porque aquel gran acto encarnaba, por la sabiduría de sus autores, todos los gérmenes de que brotan la conveniencia y la honra de los pueblos verdaderamente libres. Si la República Argentina no había alcanzado a gozar de estos beneficios, era porque habían estado y se mantenían todavía en lucha los principios sanos y nuevos de la revolución, con los que había dejado en herencia la época colonial de ignorancia y tiranía (1).

Era, por consiguiente, necesario robustecer esos principios fundamentales de la sociedad libre, sembrados por la revolución en terreno regado con sangre, para que alcanzasen definitivamente su triunfo.

Este fin debía conseguirse destruyendo el «edificio gótico» y levantando el democrático y nuevo para que la revolución no se convirtiera, según el presagio de Moreno, en un mero cambio de tira-

(1) Los estudios a que acabamos de aludir fueron tan serios y detenidos, en su parte meramente material (aquella que consiste en extraer y coordinar documentos históricos), que pueden formar gruesos volúmenes impresos, como los componen manuscritos. Esta laboriosa excursión al través del pensamiento orgánico de la revolución, no lo hizo Echeverría solo, sino acompañado de su íntimo amigo, de su hermano en principios, el señor don Vicente Fidel López. Fácil es comprender que estos dos pensadores no caminaban a la ventura en sus investigaciones: eran llevados por un propósito y un criterio. A manera de aquellos eminentes geómetras que convencidos *a priori* de la maravillosa armonía de la creación, se entregaron con fe a buscar las leyes en virtud de las cuales se mantiene esa armonía, se dieron los dos amigos a indagar, con criterio filosófico e independiente, cuáles eran las leyes permanentes a que había obedecido el pueblo argentino para mantenerse y progresar al través de una existencia tumultuosa, y cuál el concepto que aspiraba a realizar, para cimentar sus destinos. El fruto de estos trabajos son en parte bien conocidos y andan ya inoculados en la política argentina, en mayor o menor dosis, desde el año 1852. Pero lo que importaría vulgarizar para facilitar los estudios serios sobre la historia de nuestras ideas políticas, sería ese cúmulo de antecedentes reunidos por los amigos mencionados, entre los años 46 y 50 en Montevideo, los cuales, ilustrados con una introducción y notas, formarían una preciosa colección de nuestros antecedentes políticos.

nos (1). Debemos, decía Echeverría, aceptar como herencia legítima «las tradiciones progresivas de la revolución de Mayo con la mira de perfeccionarlas y complementarlas. Caeremos en el caos si, poseídos del espíritu de las facciones personales, desconocemos y borramos lo bueno practicado por nuestros enemigos; porque el progreso no es más que el desenvolvimiento de lo que trae consigo de benéfico la tradición».

Si consideramos que se concebían estas ideas y se encaraba la revolución y el porvenir de esta manera a los veintisiete años justos de realizado aquel gran hecho y en presencia del bochornoso que presentaba la tiranía de Rosas, no se podrá menos que conceder a Echeverría la prioridad de la idea de constituir la patria bajo una ley fundamental basada en los principios que constituyen hoy el credo universal de los argentinos. Esto bastaría para su gloria. Pero el pensador no terminó aquí su tarea. Su espíritu vasto y lógico abrazó todo el conjunto de los elementos sociales, y los estudió y armonizó de manera que concurrieran de consuno a constituir la nueva sociedad preparada por nuestros buenos antecedentes. Encomendó a la actividad curiosa de la juventud el estudio de una serie de investigaciones históricas, relativas al país; echó los cimientos de la economía política nacional, arrojando dudas sobre la bondad de las doctrinas que de ciencia tan práctica tomábamos de naciones distantes inmensamente de las nuestras en condición social, en población y en producciones. Resucitó ante la opinión prevenida en su contra la importancia del gobierno propio, haciendo la apología del régimen municipal, y mostrando en qué consistía. Trajo a tela de juicio la obra de los partidos que luchaban encarnizados y fue el primero de nuestros publicistas que los juzgó con equidad, aunque severamente, negando a ambos la calidad de verdaderos partidos, por cuanto, según él, carecían de *criterio socialista*, esto es, de doctrina política y constitucional, capaz de asegurar el goce de la libertad para todos los ciudadanos.

No hacemos más, en esta ligera reseña de sus investigaciones, que escribir el índice completo de las materias que contienen algunos de los volúmenes de sus obras a los cuales nos referimos. Pero en estas mismas se halla todo su pensamiento. Los tiempos no le favorecieron para realizar la mitad siquiera de lo que bullía en su cabeza y le sugería el anhelo de ser útil a su país. Hemos dejado a un lado nuestros ensayos de trabajos de crítica social, unos bajo forma de novela, otros humorísticos; diferentes ensayos de publicaciones periódicas ideadas con la intención manifiesta de derramar ideas de reforma, disimuladas con la inspiración de una fantasía risueña y con el ropaje seductor de la literatura amena.

Estos méritos contraídos por Echeverría han pasado desconocidos de la mayoría de sus compatriotas, aunque no los ignorasen sus contemporáneos afiliados a su doctrina y colaboradores más o menos declarados de su obra de reforma.

(1) Introducción al *Contrato Social*, citado por Echeverría en la nota número 13 al primer canto de su poema *Avellaneda*.

No es extraño que los escritos que dio a luz en Montevideo como publicista: el Dogma, el Manual de enseñanza republicana, las Cartas al redactor del Archivo, tuyieran poco eco en la prensa periódica de aquella ciudad. Los escritores que primaban en ella y eran hasta cierto punto árbitros de la opinión pública, no tenían fe sino en la política del partido en que se habían ilustrado y de cuyo triunfo exclusivo dependía para ellos su posición futura en Buenos Aires. Apuraron su tolerancia con el silencio; que a dejarse llevar de sus convicciones, tal vez hubieran tachado al innovador de visionario y de «poeta romántico», dictado de escarnio con que motejaba la prensa de Rosas al fundador de la «Sociedad de la nueva generación argentina». Al registrar los periódicos de Montevideo, con el objeto de escribir los presentes renglones, nos ha sorprendido la indiferencia con que éstos recibieron aquellas producciones de tanto alcance, tan leales a la patria y tan resplandecientes de virtud y verdad; y no sin profundo sentimiento descubrimos que hasta los mejores corazones y las inteligencias no comunes están expuestas en ciertas circunstancias a incurrir en injusticia para con el verdadero mérito. No hemos hallado un solo artículo escrito con motivo de la aparición del poema *Avellaneda*, que es una de las concepciones más elevadas y generosas de la musa del Plata: el de la *Insurrección del Sud*, no menos bello, se arrastró como un desvalido en busca de un rincón en las últimas columnas de un diario. Bien es verdad que al solicitar el autor esta gracia tenía la franqueza de declarar que «el argumento de sus versos era uno de los más gloriosos con que podía brindarle la historia argentina, por el carácter de justicia, de legalidad, que le recomendaba como a ninguno «entre cuantos movimientos anárquicos han ensangrentado y despedazado a nuestro país».

Estas celosas injusticias que el tiempo había de reparar y en nada menguaban el mérito real de los escritos de Echeverría, en vez de desalentarlo dábanle fuerza para continuar en la obra a que se había consagrado por entero. Él, que se sentía morir «como una antorcha sin alimento», todo lo esperaba de lo futuro: sólo en el tiempo venidero tenía confianza, y una de las más serias y últimas preocupaciones de su espíritu fue la educación de la juventud, aurora de los días felices que deseaba para la patria. Cuando se trataba de esta materia todo lo dejaba de mano, y exponiéndose a comprometer el buen éxito del fruto más querido de su imaginación, se entregaba con toda su fuerza a redactar en prosa humilde el credo social que debían aprender los niños de las escuelas primarias. «Estoy ocupadísimo, escribía a uno de su amigos en 30 de junio de 1844; redacto la obra de enseñanza: siento tener que suspender mi *Ángel Caído*, porque estaba en vena, y después sabe Dios si lo podré continuar».

«El objeto de la educación es encaminar la niñez al ejercicio de todas las virtudes sociales». Este pensamiento era el fundamental del sistema educacionista de Echeverría, y lo miraba bajo dos aspectos: el del método y el de la doctrina. En cuanto al primero, aquel método será mejor, decía, que con más rapidez produzca el resultado que

se busca: la instrucción del niño. Un método vicioso le hace perder el tiempo, lo atrasa en su educación, lo fatiga, y dándole ideas falsas o incompletas, puede decidir de su suerte y de su porvenir. El método en materia de enseñanza es lo capital; es la ciencia misma, por cuanto es regla segura para llegar por el camino más corto al conocimiento de las cosas. Háganse muchos libros de enseñanza, sanos en doctrina si se quiere, pero cuyo método de exposición sea vicioso, y se verá que, lejos de instruir al niño, no harán sino llenar su cabeza de errores y de confusión. Tanta era la importancia que Echeverría, con sobrada razón, atribuía a la cuestión método. Pero no la trató entonces por extenso, reservándose hacerlo para más adelante, y se contentó con proponer, por lo pronto, el estudio de los mejores procederes empleados en las escuelas de Europa y de Estados Unidos, a fin de recoger el más adecuado y más ventajoso.

La parte que desempeñó de este programa fue la relativa a la moral. Varios caminos se le presentaban para llegar al fin que se proponía, y los discutió en la *Advertencia* preliminar de su libro antes de decidirse a tomar el acertadísimo que eligió. Hubiéramos podido, dice allí, allanar la tarea, copiando lo que en la materia se ha escrito en otros países, o compaginar un librito de cuentos y máximas morales parecido a uno de los muchos que circulan entre nosotros. Nos hubiera sido fácil escribir una obra sentimental y de agradable lectura; pero hemos creído que la educación del sentimiento del niño es del resorte de los padres, y cuadra mejor a la mujer, en cuyo espíritu predomina como móvil principal esa preciosa facultad. La educación racional, aunque más laboriosa, es más varonil; *más propia para robustecer en la conciencia del niño las nociones del deber, para acostumbrarlo a la reflexión, para cimentar las creencias*; y por último, «para formar ciudadanos útiles en una democracia». Hemos pensado que tratándose de lo que importa a la vida misma de la patria, como es la *educación de las generaciones en quienes está vinculado todo su porvenir de felicidad*, era indispensable no contentarse con hacer una obra amena, sino pedir consejo a la reflexión y *deducir de nuestro modo de ser social una doctrina adecuada a él*. Por último, para dar una síntesis de su propósito, añadía el autor del Manual: —esta obrita, aunque en pequeñas proporciones, no es otra cosa que la exposición lógica de los deberes principales del hombre y del ciudadano, considerados de un punto de vista cristiano y filosófico (1).

Las páginas de que acabamos de extractar estos conceptos fundamentales de una educación moral para los hijos de una república democrática son las más serias y más hondamente pensadas entre las que conocemos escritas en el país en materia de enseñanza. Sobre estos antecedentes tan sabiamente establecidos, el Manual de ense-

(1) Se proponía Echeverría, en caso de que su Manual se adoptase para la enseñanza pública, completarle con una segunda parte que entendía lo substancial de su doctrina reducida a máximas en verso, un vocabulario explicativo de algunas voces técnicas, empleadas intencionalmente para infundir y vulgarizar nuevos ideas, y una crítica de todos los libros de enseñanza moral que por entonces circulaban en las escuelas primarias.

ñanza moral no pudo ser sino lo que es: el más precioso, afectivo y elocuente tratadito; el libro más adecuado para sembrar en las conciencias tiernas las semillas del bien y el germen de las virtudes viriles y sólidas de que rebosaba el alma de su autor, de quien pudo decirse que tenía siempre el corazón en los labios.

Este trabajo lo realizó Echeverría en virtud de comisión oficial que recibió del señor Ministro de Hacienda del gobierno de Montevideo, doctor don Andrés Lamas; y para popularizar la idea educacionista, cuya importancia comprendían estos dos señores, convinieron ambos en que uno de los actos intelectuales con que en aquella época se celebraba en la ciudad asediada por Rosas el aniversario de Mayo, sería la lectura en público de un discurso por el primero. La lectura no tuvo lugar; pero el discurso puede leerse en el tomo IV de las obras completas de Echeverría. El producto de su primera edición fue consagrado al alivio de los inválidos de la guerra, ya que, como dice su autor, había sido ideado al silbido de las balas de los apóstatas de Mayo y de sus indómitos defensores (1).

Los servicios prestados por Echeverría a la instrucción pública no quedaron reducidos a esto solo. En Septiembre de 1847 creó la administración Suárez un instituto, cuyas atribuciones eran muy altas y abrazaban la instrucción superior; pero de preferencia la primaria (2). El artículo 6º de ese decreto nombra a los miembros que deben componer el instituto de instrucción pública y entre ellos aparece al lado de los nombres de Castellanos, de Juanicó, de Lamas, de Ferreyra, de Peña, el de don Esteban Echeverría.

En el desempeño de este cargo manifestó éste el celo que tenía acreditado desde mucho tiempo atrás (3) y, como era índole de su

(1) Estos actos de generosidad, cuya importancia puede graduarse por la escasez y privaciones que experimentó durante el sitio un hombre acostumbrado a vivir con holgura, y de hábitos cultos, como Echeverría, le eran familiares. Jamás se le ocurrió lucrar con su pluma, como él mismo lo había manifestado por escrito. Habiendo contribuido a llenar con sus versos una gran parte del volumen publicado en Montevideo con el título *Cantos a Mayo*, véase por el siguiente documento, que transcribimos del original, el destino, que con asentimiento del poeta, tuvo el producto de aquella preciosa producción:

Montevideo, julio 15 de 1845.—Ministerio de Guerra y Marina.—El Ministro infrascripto tiene el honor de adjudicar a usted "un ejemplar" de los *Cantos a Mayo*, y a nombre del gobierno ofrecérselo como prueba de su reconocimiento por la generosidad con que usted y demás señores que trabajaron en la obra han cedido el producto de su venta en beneficio de los "Mártires de la Patria". Ellos recibirán en breve un socorro a sus necesidades con ese producto de tan noble origen y bendecirán a los que tuvieron el pensamiento de aliviarlos. ¡Dulce consuelo, es sin duda, para el poeta la idea de haber contribuido a aminorar de algún modo las necesidades de sus semejantes!

Estando próxima a concluirse la venta de la obra, pronto verá usted por los diarios a cuánto ella ha ascendido y cómo ella ha sido destinada. Quiera usted, pues, aceptar ese volumen, en el que tiene tan bella parte, y recibir las seguridades de aprecio que le profesa.—*Rufino Mauzá*.—Señor don Esteban Echeverría.

(2) El decreto de esta creación se halla en el número 572 del *Comercio del Plata*.

(3) Lo prueba así la siguiente carta que copiamos de su original: "Señor don Esteban Echeverría: Las escuelas de niños emigrados que bajo mi dirección se establecieron en esta ciudad, mucho tiempo hace, se han aumentado considerablemente con la admisión en ellas de todos los niños cuyos padres la han solicitado, de suerte que hoy cuentan más de 500 alumnos. Plantel hermoso y rico para la patria.

"La beneficencia del pueblo me ha proporcionado los medios de atender a es-



JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

22



ESTEBAN ECHEVERRÍA

Lápiz de Carlos E. Pellegrini (1831)

(Museo Nacional de Bellas Artes).

talento, con una altura de propósitos y una generalidad de miras que llaman la atención y merecen tomarse en cuenta hoy mismo. Por desgracia, la mayor parte de los trabajos, informes, examen de textos, etcétera, que encontramos entre los papeles de Echeverría concernientes al desempeño de su empleo de miembro del instituto, es casi imposible descifrarla y sólo publicamos por esta razón uno que otro fragmento en el quinto volumen de sus obras completas.

Hay desgracias en la vida del hombre que contribuyen a su gloria: la adversidad es motivo de prueba para los ánimos bien templados, y la lejanía de los negocios públicos, la no participación inmediata en la administración y gobierno de la sociedad, el extrañamiento mismo de la patria, proporcionan a las inteligencias fecundas ocasión para concentrarse y para producir frutos sazonados. Esta es, con frecuencia, la historia de las emigraciones políticas. Esos mártires de las esperanzas burladas, cuyos huesos no vuelven al seno de la tierra natal, forman la mejor corona de gloria para la patria, y la gratitud de la posteridad les concede la única recompensa a que aspiraron en vida. Estas perspectivas lisonjeras que se abren más allá de la tumba eran el miraje de los desiertos que Echeverría atravesaba enfermo, menesteroso y extranjero en la vida. Las realidades del dolor y de las privaciones desaparecían para él ante aquellas visiones risueñas que le rodeaban perpetuamente y le llamaban con seducción irresistible. Hacia ellas caminaba inocente como un niño, pensador como un sabio, inspirado como un poeta, fraguando en su cabeza la síntesis de su sistema que definitivamente se concretaba en una criatura humana, en un hombre *modelo*, personificación de todas las perfecciones posibles. Dar fisonomía a este ente de su corazón y de su fantasía, colocarlo en medio de la sociedad, como una Providencia bienhechora, como imán de las almas, atrayéndolas hacia lo bueno y lo bello, tal fue el sueño y el conato de Echeverría, valiéndose para realizarlo de los elementos de la poesía y aprovechando el paréntesis en que le encerraba el destierro.

En la víspera de dar a luz *Los Consueños*, bajo cuyo título reunió la mayor parte de sus composiciones fugaces, escribía a uno de sus amigos: «Le mando mis poesías para que haga de ellas lo que quiera. En poesía, para mí, las composiciones cortas siempre han sido de muy poca importancia, cualquiera que sea su mérito. Para que la poesía

23

tos establecimientos de un modo que tal vez podría llamarse satisfactorio, pero que no llena ni con mucho mis deseos que se miden por la importancia con que miro la educación de la juventud. Mis tareas por otra parte no me permiten dedicarme con toda la contracción que quisiera a esos establecimientos, y para llenar el vacío que esto deja, para mejorarlos tanto como sea posible, para darles el carácter de utilidad que deben tener, he creído necesario llamar en mi auxilio las luces, el celo y el patriotismo de algunos ciudadanos cuyos deseos a este respecto me son conocidos y que ya me han auxiliado para el mismo fin.—Contando a usted entre éstos, le ruego quiera concurrir mañana a las 6 de la tarde, a este cuartel general, donde se reunirán algunos señores con los objetos indicados, que explicaré entonces completamente. Es de usted, at. S. S.—M. Prácheo y Obes.—Montevideo, agosto 28, 1844.”

pueda llenar dignamente su misión profética; para que pueda obrar sobre las masas y ser un poderoso elemento social, y no como hasta aquí un pasatiempo fútil, y, cuando más, agradable, es necesario que la poesía sea bella, grande, sublime y se manifieste bajo formas colosales». Su segunda publicación (las *Rimas*) encierra ya, puesto en juego por dos tipos ideales, el «elemento social» y la intención de obrar sobre el mayor número, presentando modelos de abnegación: en la mujer hacia los deberes de la familia y del corazón dentro de la esfera del amor individual; en el hombre hacia los deberes para con el honor y la patria, pasiones del buen ciudadano. Esta tendencia va desarrollándose en la obra de Echeverría durante su permanencia en Montevideo. Allí sólo compone «poemas, cuadros de formas extensas, llenas del drama de la vida, en los cuales nacen y crecen los caracteres, se agitan las pasiones, y distribuye el poeta la palma de la gloria a los héroes que la merecen por haberla conquistado con el sacrificio. Allí pone término a la *Sublevación del Sur*; concibe y escribe el *Avellaneda* y da cima al *Ángel Caído*, que no es sino parte fragmentaria de una concepción grande y sublime, para emplear sus propias palabras.

Avellaneda es el noble pretexto para personificar el elemento nuevo en las luchas civiles, con propósito determinado. En él la inteligencia educada comprende por qué medios debe mejorarse la situación de la sociedad argentina y qué cosa es la libertad en cuya demanda tantas generaciones habían sucumbido antes de la del protagonista. Allí se plantean todos los problemas que interesan al hombre; y, tomada la vida dentro de la esfera del individuo, se la examina filosóficamente en todas sus relaciones, se la exalta, relacionándola con la humanidad, hasta generalizarla y hacerla digna del sacrificio en una causa generosa formulada en ideas. El poeta celebra la inmortalidad de la idea y su triunfo final sobre todo lo perecedero.

El *Ángel Caído* fue la obra predilecta de Echeverría. Al anunciar la terminación de la segunda parte de él, decía: «mis ideas se han extendido tanto que creo que este poema será indefinido, como el *Don Juan* de Byron; he entrado de lleno en el fondo de nuestra sociedad y todo el poema no saldrá de ella... La segunda parte es más difícil que la primera... ésta es una expansión completamente lírica: la segunda toda acción y movimiento; a pesar que ahora, como siempre, no haga el drama externo sino interno». En los párrafos de carta que anteceden a este poema y le sirven de prefacio, ha explicado el autor los objetos que se propuso al escribirle. El tipo de don Juan no es idéntico al del famoso poeta inglés. El de Echeverría es el hombre compuesto de espíritu y de sensaciones, aspirando a realzar y gozar todas las facultades de su naturaleza, poseído del amor a las cosas materiales y a las impalpables del espíritu, anhelando conseguir los imposibles del deseo despertado en un alma apasionada, en una imaginación fecunda, en una organización varonil. Es un tipo multiforme, como dice su creador, conjunto de las buenas y malas propensiones del hombre de nuestro siglo que a veces se engolfa en las

regiones de lo infinito ideal y otras se apegan a la materia a fin de hacerla destilar el deleite para aplacar con él la sequía de sus labios. Por último, el *Ángel Caído*, según el mismo Echeverría, concreta y resume sus sueños ideales, sus creencias y esperanzas para el porvenir. Y en realidad todo él es la historia moral de un peregrino de este mundo, que le atraviesa dejando un rastro de desengaños, de dolores y de gloria.

El poema participaba, en las ideas de Echeverría sobre el arte, de la forma dramática, y la empleaba como medio para dar acción a los personajes de aquél. Sin embargo, ensayó más de una vez el drama propiamente dicho, sin cuidarse mucho de reglas convencionales; pero seriamente atento al progreso sucesivo y natural de la pasión y a la verdad de los caracteres. De este género son los fragmentos que conocemos del don *Juan* y de *Carlos*, denominados por él «Poemas dramáticos». Parece que más tarde comprendió que para hablar a la imaginación desde la escena, someter la historia con sus nombres propios al artificio de una concepción artística, y trasladar a la actualidad un hecho pasado y conocido por la tradición, era indispensable bajar de las alturas del lirismo, dar a los actores un carácter más individual, un movimiento en armonía con la acción, y a la trama de la obra las condiciones que anudan los accesorios con el todo en su marcha hacia el desenlace del drama.

Es sensible que Echeverría no haya realizado esta segunda manera de ver que le suponemos, o que no hayan llegado hasta nosotros más que algunos vestigios de las obras dramáticas que bajo este punto de vista aparecen ideadas por él. Tales como son los apuntes de que vamos a dar cuenta, bastan para confirmarnos en la idea de que Echeverría jamás aplicó su talento a otros objetos que a la patria americana y a la libertad, y que el arte, en su concepto y en sus manos, era un instrumento social. Tenemos a la vista el plan de dos dramas históricos americanos que nos sugieren estas observaciones: el uno, nuestro, relacionado con los primeros hechos de la conquista, y el otro cuyo asunto es uno de los episodios más patéticos de la guerra a muerte en el territorio de la antigua Colombia. En el primero de estos dramas titulado *Mangora*, el autor se disponía sin saberlo a rivalizar con Labardén. El segundo, titulado *La Pola o el amor y el patriotismo*, le habría proporcionado ocasión de dar mayor bulto a su Brian y a su María, sublimándolos ante el patíbulo de los tiranos por la virtud del amor y del patriotismo. La Pola, es aquella neogranadina inmortal que ni agua quiso de mano de los soldados de Morillo, cuando seguía, fatigada, tras las huellas de su querido, el camino que le señalaba el verdugo. Es realmente una pérdida para nuestras letras la carencia de los dramas bosquejados sobre estos contornos por semejante corazón de patriota. ¡Cuán bien vengada habría dejado a la inocencia de la sangre indígena derramada por la espada goda desde los tiempos de Carlos V hasta los de Fernando VIII! Se advierte que la *Pola* era la heroína de su predilección, y el drama de este nombre el preferido también en el orden de sus trabajos, porque encontramos

entre sus borradores muchos y minuciosos extractos de documentos oficiales y relaciones históricas destinados a dar verdad a los pormenores de su composición dramática (1).

La existencia trabajada de Echeverría no podía ser larga. La sombra de la muerte le siguió por muchos años: pasó la vida al borde del sepulcro; cada uno de sus versos es un quejido, cada una de sus producciones una larga lucha entre su espíritu sano y su cuerpo encorvado bajo la enfermedad. Era muy frecuente hallar en las postdattas de su correspondencia con los amigos ausentes una despedida «para un largo viaje, del cual no volverá jamás», y para el cual estaba siempre preparado. Estos adioses eran tanto más dolorosos para los que le querían bien cuanto que respiraban una serenidad y resignación de ángel, acompañada siempre de algún nuevo proyecto intelectual que requería años para llevarle a término.

Echeverría ha dejado escrito: —«Lo que llamamos la muerte no es más que una transformación de la vida... ¿Quién la impuso?

Se la dio quien lo quiso y quien pudo

y es fuerza obedecerla con resignación». Estas eran las creencias que le acompañaron al sepulcro, el cual se abrió para él en Montevideo, el día 19 de enero de 1851. El sentimiento que causó esta pérdida fue general en aquella población. Los miembros del gobierno, los del instituto de instrucción pública y un numeroso cortejo de personas distinguidas acompañaron los restos del poeta hasta el cementerio público, en donde la elocuencia le tributó la única recompensa a que aspiraba Echeverría, para después de sus días: la justa apreciación de sus virtudes, de su patriotismo y de su talento.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

(1) De dos páginas autógrafas que parecen arrancadas de un libro de borradores, tomamos los títulos o carátulas siguientes:
 "Mangora"—Drama en cinco actos. Personas: Mangora, cacique de los timbúes—Sripo, su hermano—Núñez de Lara, comandante—Sebastián Hurtado—Rodríguez Mosquera, capitán—Mendoza, id.—García, soldado—Diego Miranda, segundo de Lara y padre de Lucía Miranda—Leonor, su criada—Una gitana—Soldados españoles—Indios timbúes.—La escena es en la fortaleza de Santí-Espíritu y sus alrededores. 1583.

"La Pola", o el amor y el patriotismo.—Drama en cinco actos. Personas: Samano, sexagenario, gobernador de Santa Fe—Ramiro, cubano, secretario de Samano—Carlos Tolvá, coronel, consejero de id.—Pablo Maza, ayudante—Antonio Montaña, id.—Pollicarpa Salavarría, querida de Alejo Subarain, patriota conjurado—Antonio Gallano, id.—Manuel Díaz, id.—Joaquín Suárez, id.—Jacobó Marcusú, id.—José María Arcos, id.—Francisco Arellano, id.—Soldados españoles.—Id. patriotas al servicio español por fuerza—Manuela Daza, Miguel Daza—Luisa Burton, esposa de Luciano Burton.

